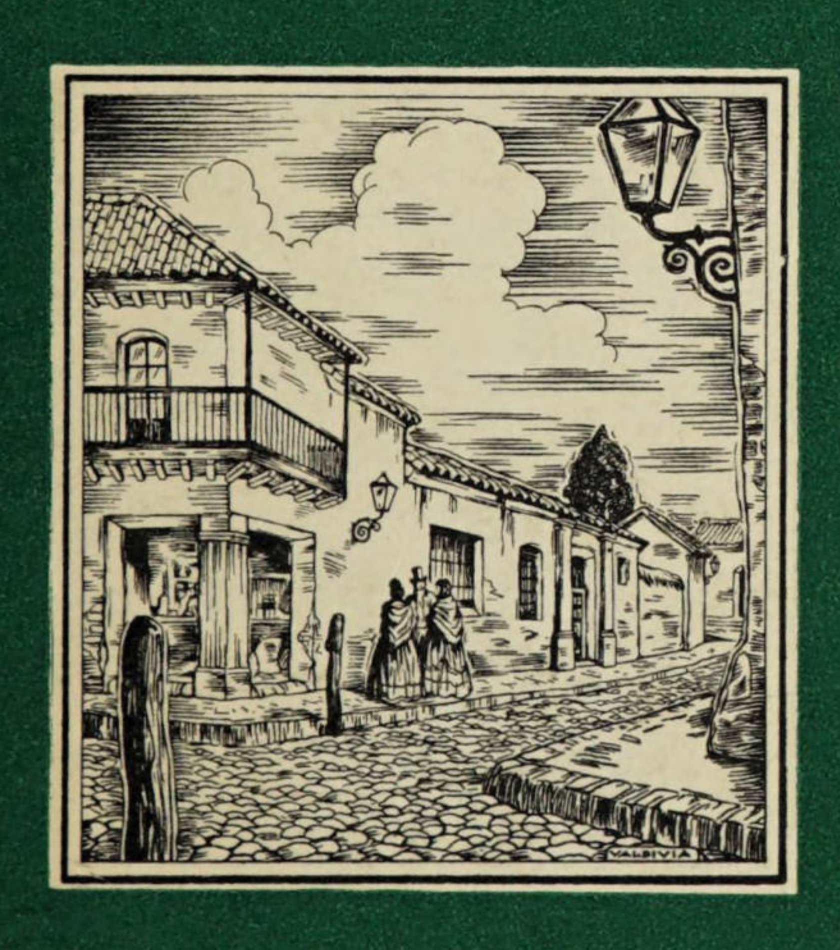
POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA



ANTOLOGÍA



COLECCIÓN ESTRADA

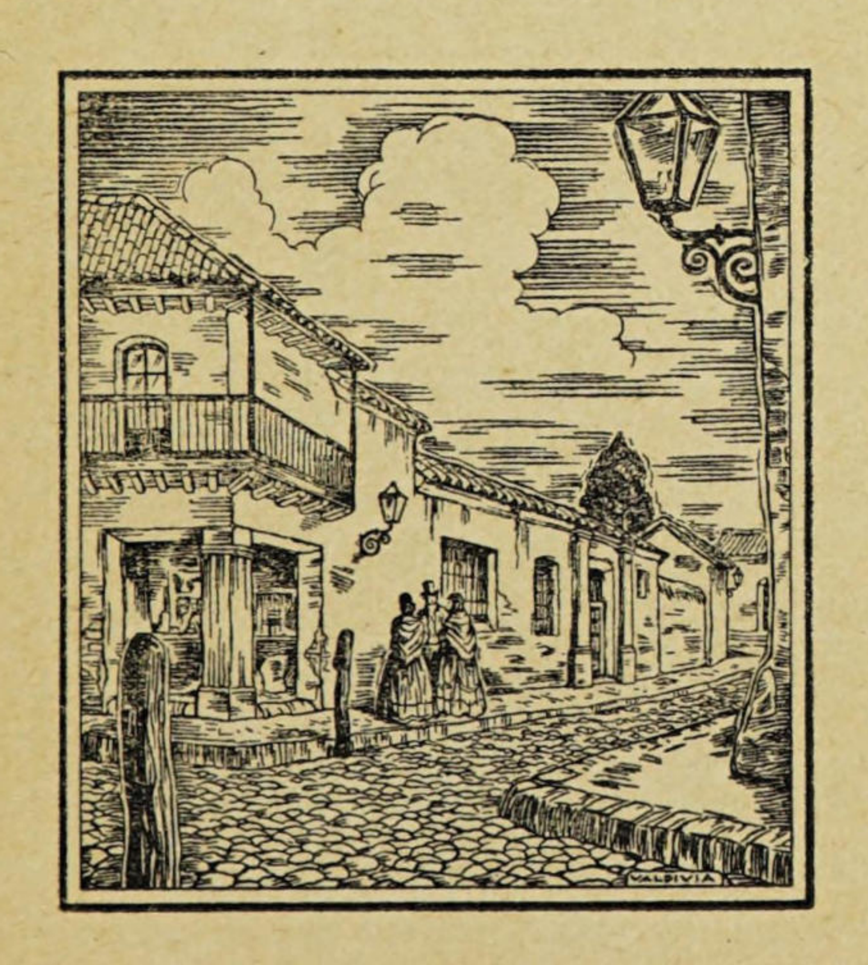
COLECCIÓN ESTRADA

VOLUMEN
QUINCUAGÉSIMO OCTAVO

POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA

ANTOLOGÍA

Prólogo, selección y notas de W. G. Wéyland



ANGEL ESTRADA y Cía. S. A. - Editores
Bolívar 466 ★ Buenos Aires
1 9 4 9

P R Ó L O G O

El instante de plétora de sus energías físicas y espirituales, en que España se lanzó a la aventura fabulosa de conquistar el Nuevo Mundo, coincidió con las vísperas de su apogeo cultural y literario. Nada de sorprendente hay, pues, en el hecho de que el rudo y audaz conquistador llevase consigo, además de la espada del soldado, la péndola del cronista, y que su férreo revestimiento fuese a menudo la envoltura del poeta. Pero tampoco se lo debe considerar como una consecuencia exclusiva de ese trance de madurez. La raíz creadora del espíritu hundíase desde tiempos primitivos en el fondo épico de la raza, lo que se prueba con el testimonio monumental del Romancero.

No obedeció, por consiguiente, a un fenómeno circunstanciado — y fortuito mucho menos — la participación en la conquista de hombres de la especie de Ercilla y Zúñiga y de Díaz del Castillo. Con ellos el hispano inició el trasplante al continente recién descubierto, y la continuidad en el mismo, de sus formas de cultura. De

esta manera, no bien pisó el suelo americano, dió comienzo a una tradición literaria que, con ser española por su origen e idioma, y casi siempre por su propósito, no le pertenece. En efecto, nada aportó ésta a la gloria de España — a no ser la referencia documental de su formidable e imprevisor esfuerzo expansionista —, mientras que, en cambio, fué humus fecundo que proporcionó la primera savia, la más genuina, la maternal, a las incipientes literaturas que se desarrollaron en los distintos núcleos nacionales en que se fragmentó el imperio español.

Por lo tanto, no tan sólo en lo histórico reside el interés que ofrece el conocimiento de las letras de la colonia, sino también en que permite, regresando al punto de partida, remontándose a sus fuentes, descubrir la vena que, como un río subterráneo, nutre y vivifica la auténtica expresión americana (o argentina en el caso particular a que hemos de referirnos).

Las actuales generaciones, atraídas por el reclamo de engañosos exotismos, dedicadas a la pirueta de efímeros y cambiantes entusiasmos que no consultan la propia realidad, han perdido todo contacto fecundo con ella, se han apartado de su fin verdadero y permanente. Por fuerza habrá que volver a él como única posibilidad de producir una fisonomía literaria individualiza-

ble y neta, habrá que retomar ese contacto para no incurrir en lo anodino y espurio y para escapar a una hibridez esterilizadora.

★

La especulación teológica y el estudio de las ciencias jurídicas acapararon durante la colonia casi por completo la actividad intelectual. Muy escaso margen disponible quedó para el ejercicio de las letras en su acepción más pura. Entre los géneros estrictamente literarios que se cultivaron, correspóndele a la poesía un lugar de preeminencia. Múltiples causas contribuyeron a señalárselo, y entre ellas la principal fué la enérgica represión que el Consejo de Indias y el Santo Oficio, con su equivocada política cultural, emprendieron contra la literatura imaginativa, sobre todo en sus formas noveladas y escénicas. Por eso, mientras que en la metrópolis la novela y el teatro se encaminaban a pie seguro hacia la cima de su perfección y popularidad, en América se redujo al verso la única licencia que podían permitirse los espíritus.

A su práctica inofensiva se dedicaron principalmente, a guisa de culto entretenimiento, algunos clérigos inquietos y funcionarios ociosos. Tampoco faltó entre los poetas el pícaro, de legítima cepa peninsular, precursor del bohemio,

con su disoluto vivir y su inspiración populachera, burlona y soez (1). *En los primeros tiempos, por motivos fáciles de presumir, la poesía fué privilegio de los españoles. Pero al consolidarse la dominación, con la cruza de sangres que trajo aparejada, también el mestizo incursionó en ella.*

Al criollo de pura estirpe ibérica se lo confunde, a lo largo de estas tres centurias, con su progenitor. Sin embargo fué él quien, ya desde su primera generación americana, juntamente con su hermano de madre india, inició el proceso de ruptura — en el cual influyó el factor telúrico — con los vínculos espirituales que lo mantenían sujeto a lo español. Este proceso, sutil e ininterrumpido, que culminó con la independencia, no se hizo ostensible sino hacia el ocaso del coloniaje, en que el elemento nativo, por su número creciente y su decidida disposición, adquirió preponderancia social.

En los territorios que abarcó la jurisdicción del virreinato del Río de la Plata el fenómeno poético asumió características particulares que lo diferenciaron del que tuvo lugar en otras regiones. La más sobresaliente de todas fué la pobreza de su producción, que contrasta con el relativo esplendor que en el mismo momento al-

(1) El peruano Juan del Valle Caviedes (1640 - 1695), autor de *Diente del Parnaso y poesías diversas*, fué quizá el autor más representativo que hubo de esta tendencia en América.

canzaba la de Chile, Perú, México y Nueva Granada. Es que mientras esos países incorporaban olas sucesivas de pobladores de más calificada condición y se enriquecían con el laboreo de las minas y creaban activos focos de cultura, por la puerta del gran estuario entraba una inmigración cosmopolita de inferior calidad (1), que debía medrar penosamente con las faenas agrícola-pastoriles o con un comercio de contrabando que hasta el siglo XVIII no le proporcionó el grado de prosperidad indispensable para poder dedicar la atención a otros menesteres fuera de los específicamente lucrativos.

Pero no siempre y no en toda la amplitud del virreinato aconteció esto. Al principio hubo dos zonas de distinta influencia cultural, con límites bien demarcados, que respondieron a las dos encontradas corrientes colonizadoras que se desparramaron por el territorio: la del Plata y la del Alto Perú. Una se extendió por las llanuras y remontó los ríos del sistema que le dió su nombre; la otra descendió del norte por el ca-

(1) Integraban la expedición del adelantado Pedro de Mendoza más de ciento cincuenta flamencos y alemanes. Luego, después de la segunda fundación de Buenos Aires, recibió ésta una corriente numerosa e ininterrumpida de portugueses y judíos sefarditas, casi siempre de turbio pasado, que se establecían en la ciudad o se diseminaban por las poblaciones vecinas merced a la benevolencia de las autoridades y al casi nulo rigor de la Inquisición en esta parte del imperio hispano. Como vemos, ya desde los orígenes se manifestó el carácter de marcado cosmopolitismo de la Argentina.

mino del Inca y traspuso los Andes en el sector que corresponde a las provincias cuyanas. Estas dos corrientes se encontraron y detuvieron en la línea divisoria ideal que pasaba por Córdoba y Santiago del Estero. Allí nacieron poblaciones largo tiempo sometidas a ambas influencias a la vez. La del Alto Perú se dejó sentir en su zona hasta las postrimerías del siglo XVII e impuso a todas las manifestaciones que suscitó el inconfundible sello que poseyó la cultura española del Pacífico. Comenzó a declinar cuando el Plata, con la incontrastable primacía política y económica que fué adquiriendo sobre el interior, gracias al puerto y a la industria de sus habitantes, llevó la suya hasta la cordillera y los contrafuertes del altiplano (1).

Estas circunstancias —pobreza y cosmopolitismo—, si bien significaron una desventaja inicial, pronto se convirtieron en ventaja. El argentino pudo así, libre del lastre de un pasado denso, romper las ataduras de dependencia moral, que tan hondamente arraigadas subsisten todavía en otros países, y evolucionar con rapidez, desde temprana hora, hacia la definición de sus rasgos y temperamento nacionales.

(1) Unos pocos *islotes*, amparados por sus montañas, resistieron el embate rioplatense y conservan aún hoy una atmósfera cargada de sugestión colonial, semejante a la que sobrevive en las ciudades del Pacífico. Salta es un ejemplo elocuente de ello.

La falta de imprentas restó difusión a la obra de estos poetas, que en rarísimas ocasiones trascendió del estrecho recinto conventual o de la complaciente tertulia. También hizo que la misma se perdiese en su mayor parte para la historia o sus manuscritos permaneciesen olvidados en viejos depósitos hasta que el azar de un hallazgo los sacase nuevamente a la luz. Esta es la causa de que se conozcan poquísimas piezas anteriores a 1780, en que, a raíz de la expulsión de los jesuítas, con los elementos de la imprenta que éstos poseían en Córdoba se creó la de los niños expósitos. *Debido a ello se ignora casi todo lo que se escribió antes del virreinato, especialmente en las provincias, que, a juzgar por los poemas del cordobés Luis de Tejeda y el progreso logrado por algunos núcleos sociales, no debió estar desprovisto de todo valor* [1].

En consecuencia, el panorama que podemos ofrecer de la poesía colonial debe reducirse a la escasa información existente. A medida que ésta se vaya ampliando, iremos completándolo. No obstante, está de más decir que los futuros aportes en nada modificarán la apreciación general

---

(1) El día en que se investigue a fondo en los archivos provinciales, saldrán a la luz multitud de documentos que alterarán por completo la visión que se tiene del pasado histórico y cultural del interior del país. A partir de entonces la historia argentina no se limitará a la de Buenos Aires solamente y se podrán apreciar los funestos resultados de la política centralizadora que en todos los órdenes de la vida nacional se ha perseguido.

que el lector pueda formarse con este cuadro provisional. Los autores hasta ahora conocidos dan la idea cabal del tono que prevaleció en los distintos momentos de nuestra literatura en sus orígenes.

★

En la historia de la poesía colonial argentina se advierten cuatro períodos bien diferenciados, que Ricardo Rojas designó por los nombres de los poetas que, respectivamente, con más fidelidad los representaron, o sea Jornada de Centenera, de Tejeda, de Labardén *y* de Varela [1]. *Cada uno correspondió a una etapa — conquista, régimen jesuítico, virreinato y despertar nacional —, del desarrollo social de esta parte del imperio español y tuvo un clima cultural, caracteres e inquietudes que configuran una fisonomía propia e inconfundible.*

El primero se inició con la fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza, dilatándose por espacio de un par de décadas después que Juan de Garay la repobló. En este lapso se exploraron los ríos, fueron sometidas las tribus belicosas que habitaban el litoral y estableci-

(1) Véase *La literatura argentina* de Ricardo Rojas, resumen final del tomo II. (En otra parte de este prólogo explicamos la razón por la cual hemos excluído a Juan Cruz Varela, otorgándole a Esteban de Luca el lugar que Rojas le concede).

ronse villorrios que no tardarían en convertirse en florecientes ciudades. Significa años de sacrificios y aventuras, de enfrentar la muerte en las selváticas orillas y deslumbrarse ante los prodigios de la naturaleza. Los padecimientos bajo los cuales sucumbió la Buenos Aires del adelantado Mendoza dictáronle a Luis de Miranda, un aventurero mitad fraile y mitad soldado, su Romance elegíaco, *y las peripecias de los conquistadores a lo largo del Paraná, la majestuosidad de su flora y la abundancia de las especies animales que existían por los contornos, a Martín Barco de Centenera, clérigo también, las mil trescientas cuarenta fatigosas octavas reales de su poema* Argentina.

Son ambos los únicos poetas de quienes se tienen noticias en este período. Pero no es imposible que en los archivos del Consejo de Indias se descubran otros, ya que nada induce a suponer que la producción en verso que inspiró la conquista del Plata no deba guardar relación con la de prosa [1]. *El mérito literario de estas obras es escasísimo, aunque en Miranda hubo aptitudes poéticas de más calidad. Así lo evidencia el ritmo ágil con que escribió su romance y las siempre sobrias pinceladas patéticas que*

(1) La bibliografía en prosa de este período es abundantísima, y, entre otros nombres, citaremos como testimonio a Pero Hernández, Ulrico Schmidl, Ruy Díaz de Guzmán, Reginaldo de Lizárraga, etc.

distribuyó con cierta habilidad. En Argentina, *en cambio, el verso adolece de una pesadez que muy de tarde en tarde atenúa algún fragmento feliz, y al realismo de las descripciones no lo realza jamás la belleza de una metáfora oportuna.*

En la centuria siguiente los pueblos nacidos de esta epopeya estuvieron afanados en levantarse trabajosamente desde el barro y la paja de sus misérrimos caseríos. La dura necesidad de subsistir con los frutos de la tierra y con el tráfico fluvial los absorbió. El cultivo del maíz no admitió, pues, que se lo compartiese con el de la literatura. La vida superior del espíritu se refugió en las ciudades recostadas contra el flanco tutelar de los cerros o escondidas en la quietud protectora de los valles. Su dependencia del Alto Perú les deparó, merced al intenso intercambio económico y a la estrecha vinculación cultural, un efímero auge que duró hasta que pasaron a depender del Plata.

Éste fué el segundo período, que transcurrió bajo el signo riguroso de los jesuítas, los cuales subordinaron a normas severas la actividad del intelecto. No obstante, realizaron una fecunda labor. A ellos se debió la primera imprenta que hubo en territorio argentino, una vasta bibliografía que atendió principalmente los conoci-

mientos prácticos [1] *y la más inteligente tentativa de extender la enseñanza, no sólo a las clases humildes, sino también a los indios. Pero la obra de mayor trascendencia que emprendieron consistió en la creación de la Universidad de Córdoba. De sus claustros salieron generaciones de humanistas y teólogos que desempeñaron lucido papel en el púlpito y la cátedra.*

Allí se formó Luis de Tejeda y Guzmán, el primer poeta criollo que se conoce hasta el presente. El número de disciplinas que llegó a abarcar con el estudio, y el caudal de erudición que asimiló, a la par que sus dotes personales, revelan el nivel alcanzado por una sociedad en que era posible experimentar — y satisfacer — apetitos intelectuales de la más alta jerarquía. No ignoró los acontecimientos que en España señalaron la plenitud de su literatura — aunque los mismos no llegaron a influir en el fondo de su obra —, y se interesó por la revolución originada en la lírica por Góngora, a quien en algún momento procuró imitar. Su poema El peregrino en Babilonia *es el resultado de experiencias personales, y para componerlo no se ajustó a otro dictado que al de su índole religiosa profunda-*

(1) Los jesuítas produjeron una cantidad prodigiosa de libros durante su permanencia en nuestro territorio. Abarcaron todos los temas, desde la gramática hasta las ciencias naturales, y tanto escribieron tratados de catequización como manuales de lingüística aborigen.

mente arrepentida por la desenfrenada mundanalidad con que extravió los pasos en su juventud. Los versos en que está escrito no se eximen de fallas y la elocución se resiente por el lenguaje arcaico y las retorcidas y forzadas imágenes que empleó. Pese a todo constituye una de las notas más altas que el misticismo dió en la poesía americana.

Contemporáneo suyo fué Felipe Fernández de Córdoba y Espinosa, natural de Salta, que estudió en Lima y compuso un romance para exaltar la figura del Conde de la Monclova. El descubrimiento de este poeta data de muy pocos años y aun no se han agotado las investigaciones alrededor de su vida y de su obra [1].

En una etapa intermedia, o de transición, cabría situar a Juan Baltasar Maziel y a José Antonio de San Alberto. Nacidos ambos en la primera mitad del siglo XVIII, y por más que su actuación, cronológicamente considerada, corresponda al virreinato, por sus tendencias y por el carácter de la poesía que cultivaron no encuadran bien dentro de este período. Ninguno de ellos excedió nunca las proporciones de una medianía carente de asomos originales, pero ca-

(1) El hallazgo de este poeta, hasta hace poco enteramente desconocido, débese al estudioso investigador salteño Carlos Gregorio Romero Sosa, quien tiene sobre el particular una obra escrita, inédita aún, titulada *La Salta del siglo XVII y el versificador don Felipe Fernández de Córdoba y Espinosa.*

da uno representó con todos sus atributos una modalidad literaria predominante en la época.

Maziel, llevado por la propensión aduladora, común en los tiempos de despotismo, se dedicó a entonar alabanzas a funcionarios y obispos y, aunque supo hacerlo sin perder el decoro, se colocó en un plano subalterno que no condice con la categoría espiritual que debe poseer y cuidar un poeta.

Enorme es el repertorio de composiciones que se escribieron para elogiar a personajes encumbrados y para celebrar natalicios y bodas reales o coronaciones. La inspiración pedestre e hiperbólica rivalizó en esas justas con el sentimiento más servil, y además del acróstico ditirámbico, se echó mano a enrevesados juegos de palabras (1)*. Esta costumbre subsistió hasta el fin del régimen colonial, pero alcanzó sus formas más exageradas en los reinados de Fernando VI y Carlos III. Sirvió, por otra parte, como medio eficaz para abrir camino a las ambiciones cuando la satisfacción de éstas dependía de la benevolencia de los poderosos. De ahí que tuviesen por sujeto o destinatario a los sucesivos reyes, virreyes y jerarcas de la iglesia.*

(1) Ricardo Rojas en el tomo II (cap. IX) de *La literatura argentina* transcribe varios ejemplos muy ilustrativos, que dan la pauta de la artificiosidad de ese presunto género poético.

En cuanto a San Alberto, éste se dedicó a esas especies poéticas menores, de contenido piadoso, que con tanta profusión vieron la luz en aquellos días. Literariamente casi no poseen valor alguno, pero traducen un estado colectivo de religiosidad muy particular ([1]*). Trátase de quinquenarios, novenarios, septenarios, letrillas piadosas, gozos y canciones que el público acogía con devoto fervor y que raras veces brotaron del alma de sus autores con espontaneidad no fingida. Su lectura deja en el ánimo una árida impresión, y por más que se busque en ellas misticismo, sólo se encuentra fraseología litúrgica.*

★

La preponderancia que, paulatinamente, en todos los órdenes, había adquirido Buenos Aires sobre las demás ciudades, se acentuó al ser erigida en capital del virreinato. Este hecho político y la acción progresista del virrey Vértiz convirtiéronla, de aldea mercantil que era, en un activo centro cultural que irradió luz propia apagando la de los que existían en el interior

---

(1) "Devocionarios para cada uno de los santos, multiplicaban a la divinidad de los evangelios en un verdadero politeísmo; rezos para todas las ocasiones del culto, privaban a la fe de su misteriosa espontaneidad; fórmulas rebuscadas, hacían degenerar en la más zurda retórica el sincero temblor de la plegaria auténtica." (Ricardo Rojas en la obra cit., tomo II, cap. IX, pág. 652).

del país. A partir de entonces la vida literaria se concentró en su recinto y palpitó al compás de las magnas conmociones públicas de que fué escenario.

El paso más decisivo hacia esta transformación se lo dió al crear el Colegio de San Carlos, en cuyas aulas la juventud porteña se formó junto a maestros eminentes que la iniciaron en el conocimiento de las ciencias y del humanismo. También influyó la Casa de Comedias, que refinó la sensibilidad de los pobladores enseñándoles a gustar de la expresión artística. La corte virreinal, por su lado, a la vez que quitó a las costumbres su demasiada rigidez, introdujo hábitos lujosos y fomentó el buen vivir. Por último la imprenta, traída de Córdoba, que estimuló a los cerebros pensantes y que hizo posible formas embrionarias de periodismo que promovieron las ideas y ayudaron a difundir la obra de los poetas de este tercer breve y brillante período.

En él descolló Manuel José de Labardén, el primero de los poetas nacidos en la ciudad de Buenos Aires. Su figura de talla magistral llenó tres décadas y alrededor de ella se agruparon todos los jóvenes que sentían la vocación de la literatura, a los que alentó con generosidad y acierto. El prestigio de que gozó contribuyó no poco a que la buena sociedad de comerciantes y

hacendados aprendiese a respetar al hombre de letras, espécimen raro en sus tertulias. Además fué de los primeros en desparramar la semilla revolucionaria de los filósofos franceses. El teatro nacional le debe su fundación con el drama Siripo. *Los poemas que escribió le conquistaron el éxito. Se caracterizan, los de tono mayor, por el énfasis declamatorio y la majestad de la cadencia, y los menores, satíricos, burlescos, por la finura mordaz de su aguijón. Algunos se publicaron en el Telégrafo Mercantil, primer periódico argentino, editado por Cabello y Mesa, a quien secundó con su pluma y su apoyo personal.*

Un papel secundario desempeñó José Prego de Oliver, no porque sus talentos fuesen inferiores, sino porque en tan reducido ambiente el cetro literario no podía ser compartido por dos. Sin embargo, su actuación fué intensa, sus méritos reconocidos y en todas partes se le respetó por su gran cultura y ponderación. En Montevideo, donde residió muchos años, agrupó en torno suyo a los poetas y los orientó con la misma sagacidad de experimentado maestro que su rival Labardén a los de Buenos Aires. El periodismo contó con su afición y, además de poemas, aparecieron en sus páginas sesudos trabajos sobre tópicos de economía.

La personalidad de ambos obscureció la de numerosos versificadores de menos acusado relieve, que compusieron odas, sonetos, madrigales, panegíricos y ofrendas con rima sonora y elocución grandilocuente. La mayoría de ellos yace olvidada, y entre los pocos que se recuerdan merece una mención Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave —el Padre Agüero—, que con un soneto de circunstancias se aseguró una perdurabilidad a la que los demás no lograron ni aproximarse con sus extensas tiradas de endecasílabos y quebrados. Su memoria es venerable también por el ardor con que desarrolló, desde la cátedra, los conceptos revolucionarios que inspiraron las jornadas de la independencia.

Otro poeta, cuya figura no ha sido aún debidamente estudiada, fué Domingo de Azcuénaga, que se apartó de la modalidad corriente de la época para cultivar un género festivo de intención ejemplificadora. Fábulas, letrillas y glosas salieron de su pluma, y con ellas señaló los vicios, malas costumbres y defectos de sus contemporáneos, tanto en su vida pública como en la privada. La gente celebró mucho su ingenio, y sus composiciones publicáronse en el Telégrafo Mercantil o, inéditas, circularon por las tertulias. No tuvo sucesores, y hasta el presente nadie

se hizo acreedor al título de fabulista que con tanta propiedad le corresponde.

Al margen de esta poesía culta prosperó otra, popular, traviesa, a menudo hiriente, que abarcó toda la gama del desenfado, desde la picardía sin mala intención hasta la más torpe obscenidad. Anónimos ingenios valiéronse de ella tanto para fustigar cosas reprensibles como para burlarse de la desventura doméstica de algún personajón de campanillas o, simplemente, para desahogos chocarrescos como los del poeta-médico de las almorranas ([1]). Estas composiciones corrían de mano en mano en copias manuscritas o en volantes impresos. Tan comunes eran y tan aplaudidas, que los periódicos no hacían cuestión de decencia al publicarlas.

El período culminó con las invasiones inglesas, en que el llamado a las armas, no tan sólo galvanizó de coraje a los pacíficos pobladores de la ciudad, sino también conmovió la fibra patriótica de los poetas. Clamoroso concierto de voces se alzó para decir su repulsa al "audaz y terco britano", para celebrar el triunfo, proclamar el heroísmo del pueblo y ensalzar a los héroes ([2]). En esta oportunidad alcanzó la cum-

(1) Véase el *Telégrafo Mercantil* del 3 de setiembre de 1802.

(2) Con todo este material podría componerse un *Romancero* que abarcaría muchos nutridos volúmenes. Ricardo Rojas anunció la publicación, que hasta la fecha no se ha llevado a cabo, de uno dividido en seis tomos.

bre de su perfección Prego de Oliver y recibieron el bautismo literario los jóvenes que después habrían de cantar la gesta de la emancipación americana. Pero el aedo *por excelencia de estas jornadas fué Pantaleón Rivarola. Los dos larguísimos romances en que refirió los gloriosos sucesos y otros poemas sobre los mismos, que se difundieron rápidamente por todos los países de habla española, le conquistaron mucha popularidad, asegurándole un lugar entre los precursores de nuestra poesía épica.*

No se había extinguido aún el eco de esta algarada, cuando otros acontecimientos la renovaron con más bríos. La revolución de mayo tuvo la virtud de encender la mente y el corazón de multitud de vates, criollos y españoles, identificados estos últimos con la causa de los patriotas. Los anhelos de independencia, el fervor cívico, las hazañas militares y la abnegación de los paladines dieron tema a un infinito repertorio de composiciones de toda índole. Dos antologías, publicadas pocos años después, reunieron parte de este material (1).

Estos poetas clausuran el ciclo colonial. En cierto modo deberían ser considerados la primera generación literaria Argentina. Pero si

(1) Son dichas antologías *La lira argentina*, impresa en París y fechada en Buenos Aires el año 1824, y la *Colección de poesías patrióticas*, impresa posiblemente en 1826.

nos atenemos a las condiciones sociales que presidieron su formación e imperaron hasta que la mayoría de ellos llegó a la madurez, no cabe sino incluirlos en la etapa que, en cuanto a lo histórico se refiere, concluyó en 1810. Además, ¿qué otra cosa fueron sino coloniales que se declararon en rebeldía contra su metrópolis? De ahí el acierto de Ricardo Rojas al tomar como punto de partida de nuestra literatura nacional la entrada en escena de los jóvenes, nacidos alrededor del 25 de mayo, que acaudilló Esteban Echeverría, es decir, a contar de aquellos que se transformaron de niños en hombres bajo la égida de la revolución. Todo lo anterior queda reducido, pues, a antecedentes.

El mismo autor cierra la lista de poetas de este postrer período con Juan Cruz Varela. En realidad no perteneció a ninguna de ambas generaciones, puesto que si por la edad —nació en 1794— fué del tiempo de Esteban de Luca y de Vicente López y Planes y poco menor que ellos, por su obra y sus luchas identifícase con la promoción siguiente, la que combatió al tirano y padeció el exilio. Por lo tanto lo eliminaremos de este panorama de la colonia, confiriéndole un carácter intermedio, de eslabón de enlace entre una y otra.

De Luca y López fueron los intérpretes cultos, ciudadanos, de la musa revolucionaria; Bartolomé Hidalgo el popular y campesino. Idéntica la pasión que inflamó a los tres, distinta la sensibilidad con que la expresaron. Los dos primeros, grandilocuentes y amanerados, dejándose llevar por la tendencia enfática y rimbombante que entonces regía; el tercero espontáneo y sencillo, como los paisanos *en boca de los cuales puso sus diálogos simples y sabrosos. El verso de de Luca posee una grandeza uniforme, un tanto monótona, que lo reviste de cierta empacada solemnidad, muy a propósito para los temas patrióticos que abordó. La exaltación suple en él — igual que en los demás poetas — la falta de originalidad y de lirismo en la acepción más cabal de la palabra. En López, por el contrario, el rapto no se mantiene en un nivel de pareja y sostenida dignidad y, a menudo, cae en un prosaísmo que el empleo de gerundios torna insoportable. Los pocos poemas afortunados que tiene a su haber — excelentes algunos de ellos — no bastan para otorgarle la superioridad que en todo momento se le reconoció a de Luca.*

Ambos procedían de la más auténtica raíz poética española. No ocurrió lo mismo con Hidalgo. Éste era fruto de la tierra y desconocía los artificios retóricos. Sus versos, que repro-

ducen las voces y giros del habla peculiar de los gauchos, tienen la frescura matinal del arte al nacer de las entrañas de la gleba. Con él la poesía gauchesca pasó de la forma oral a la escrita y se inició, dentro de ella, una variedad que logró su expresión más elevada con Estanislao del Campo.

Falta solamente mencionar los poetas menores. Entre ellos sobresalieron Cayetano José Rodríguez, José Agustín Molina y Bernardo Vera y Pintado. La lista podría ampliarse con Crisóstomo Lafinur, José Antonio Miralla, Juan Ramón Rojas, Miguel Belgrano, etc., pero los omitimos porque en nada modificarían la impresión de conjunto. El patriotismo les arrancó acentos elevados y varoniles, pero el mérito mayor de su obra reside en los temas corrientes que cantaron, religiosos, amatorios, epigramáticos y festivos. El valor de estas composiciones suele ser discutible y sus versos, no siempre pulcros y acabados, si no representan un positivo aporte, por lo menos rompieron con la convencional actitud clasicistizante, de invocaciones a deidades griegas y metáforas mitológicas, tan usual entonces, y sentaron un precedente de sencillez en el lenguaje y de sinceridad de expresión que habría de ejercer beneficiosa influencia en un futuro muy inmediato.

La breve reseña que acabamos de hacer compleméntase con las noticias ampliadas de los poetas coloniales de más significación histórica o literaria y con las composiciones que transcribimos. Nos queda sólo decir que esta poesía, aunque al parecer carezca de valor actual — lo que en su importancia extrínseca, objetivamente considerada, es en cierto modo exacto —, sobrevive a la indigencia casi general de sus creaciones en los caracteres esenciales de lo autóctono, que, después de gestarse en su entraña laboriosa, se manifestaron con plenitud en el período subsiguiente. Profunda fué su huella, que perduró hasta interrumpirse por las razones enunciadas al comienzo. No en vano representa tres siglos de obscuro e impensado, pero probo transformar, por reacción frente a un medio geográfico distinto y por interferencia con lo aborigen, la substancia espiritual de lo español.

W. G. WÉYLAND.

Bs. As., setiembre de 1945.

POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA

ANTOLOGÍA

LUIS DE MIRANDA

NOTICIA. — Muy poco es lo que se sabe acerca del autor del primer poema escrito en tierra argentina. Se presume que nació en Plasencia (Prov. de Cáceres) alrededor del año 1500. Fraile y soldado, su vida fué similar a la de tantos aventureros que participaron en las empresas militares de la expansión española. Estuvo en Italia y asistió al saqueo de Roma. En 1536 llegó al Río de la Plata con el adelantado don Pedro de Mendoza. Los horrores que precedieron al fin de la primera Buenos Aires inspiráronle su *Romance elegíaco.* Al despoblarse la ciudad, partió con sus compañeros hacia la Asunción, donde desempeñó un papel activo en los motines y revueltas que allí se sucedieron entre los ambiciosos conquistadores. Al ser depuesto Alvar Núñez Cabeza de Vaca por los partidarios de Irala, fué preso y enviado a España. Además del poema, se le atribuye con algún fundamento la paternidad de la *Comedia pródiga* firmada por un Luis de Miranda e impresa en Valladolid, en 1554, por Martín Montesdoca. Se ignora la fecha y el lugar de su muerte.

BIBLIOGRAFÍA. — ENRIQUE PEÑA: *El padre Luis de Miranda,* en la Rev. de Der., Hist. y Let., t. XXIV, pág. 514, Buenos Aires, 1906; RICARDO ROJAS: *La literatura argentina,* t. II, pág. 129, Buenos Aires, 1925;

ISMAEL MOYA: *El primer poeta en el Río de la Plata: fray Luis de Miranda,* en "La Razón", Buenos Aires, 4 de junio de 1935; JOSÉ TORRE REVELLO: *El clérigo Luis de Miranda de Villafaña. Su romance sobre la conquista y fundación de Buenos Aires,* en "La Prensa", Buenos Aires, 2 de enero de 1936, y ENRIQUE DE GANDÍA: *Luis de Miranda, primer poeta del Río de la Plata,* Ed. La Facultad, Buenos Aires, 1936.

ROMANCE ELEGÍACO*

Año de mil y quinientos,
de que veinte se decía,
cuando fué la gran porfía
en Castilla,
sin quedar ciudad ni villa,
que a todos inficionó
por los malos — digo yo —
comuneros,
que los buenos caballeros
quedaron tan señalados,
afinados y acendrados
como oro.
Semejante al mal que lloro,
cual fué la comunidad,
tuvimos otro, en verdad
subsecuente,
en las partes del Poniente,
en el Río de la Plata,
conquista la más ingrata
a su señor;

* Esta composición fué hallada en el archivo del Consejo de Indias por el historiador chileno Sr. Morla Vicuña, quien la copió para sus *Estudios históricos*. Enrique Peña y Ricardo Rojas la han obtenido de esa fuente indirecta. Enrique de Gandía, en cambio, la copió para su libro del manuscrito original.

desleal y sin temor,
enemiga de marido,
que manceba siempre ha sido
que no alabo.
Cual los principios al cabo
aquesto ha tenido cierto,
que seis maridos ha muerto
la señora;
y comenzó la traidora
tan a ciegas y siniestro,
que luego mató al maestre
que tenía.
Juan de Osorio se decía
el valiente capitán,
Juan de Ayolas y Luján
y Medrano,
Salazar, por cuya mano
tanto mal nos sucedió.
Dios haya quien lo mandó
tan sin tiento,
tan sin ley ni fundamento,
con tan sobrado temor,
con tanta envidia y rencor
y cobardía.
En punto desde aquel día
todo fué de mal en mal,
la gente y el general
y capitanes.
Trabajos, hambres y afanes
nunca nos faltó en la tierra,

y así nos hizo la guerra
la cruel.
Frontero de San Gabriel,
a do se hizo el asiento,
allí fué el enterramiento
de la armada.
Cosa jamás no pensada,
y cuando no nos catamos,
de dos mil no quedamos
en doscientos.
Por los malos tratamientos
muchos buenos se acabaron,
y otros los indios mataron
en un punto,
y lo que más que aquesto junto
nos causó ruina tamaña,
fué la hambre más extraña
que se vió.
La razión que allí se dió
de harina y biscocho,
fueron seis onzas u ocho
mal pesadas.
Las viandas mas usadas
eran cardos que buscaban,
y aun éstos no los hallaban
todas veces.
El estiercol y las heces
que algunos no digerían,
muchos tristes lo comían
que era espanto.

Allegó la cosa a tanto
que, como en Jerusalem,
la carne del hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura,
¡comer la propia asadura
de su hermano!
¡Oh, juicio soberano
que notó nuestra avaricia
y vió la recta justicia
que allí obraste!
A todos nos derribaste
la soberbia, por tal modo
que era nuestra casa y lodo
todo uno.
Pocos fueron, o ninguno,
que no se viese citado,
sentenciado y emplazado
de la muerte:
más tullido el que más fuerte,
el más sabio, el más perdido,
el más valiente, caído
y hambriento.
Almas puestas en tormento
era vernos, cierto, a todos
de mil maneras y modos
ya penando.
Unos contino llorando,
por las calles derribados;

otros lamentando echados
tras los fuegos,
del humo y cenizas ciegos,
y flacos descoloridos;
otros de desfallecidos
tartamudos;
otros del todo ya mudos,
que huelga echar no podían;
ansí los tristes morían
rabiando.
Los que quedaban, gritando
decían: Nuestro general
a causado aqueste mal,
que no ha sabido
gobernarse, y ha venido
aquesta necesidad.
También por su enfermedad,
que si tuviera
más fuerza y más pudiera,
nos viniéramos a puntos
de vernos así tan juntos
a la muerte.
Mudemos tan triste suerte
dando, Dios, un buen marido,
sabio, fuerte y atrevido
a la viuda.

MARTÍN BARCO DE CENTENERA *

NOTICIA. — Nació en Logrosán, Extremadura, probablemente el año 1535. Hay referencias, no confirmadas, de que cursó estudios en Salamanca. Ordenado sacerdote, el Consejo de Indias le concedió en 1572 el cargo de arcediano del Río de la Plata y vino a estas tierras en la expedición de Ortiz de Zárate. Su permanencia en América se prolongó por espacio de más de veinte años, durante los cuales estuvo dedicado a la evangelización de indios, participó en varias empresas de reconocimiento del territorio, asistió a la segunda fundación de Buenos Aires, contribuyó a sofocar motines de indiadas y se vió comprometido en intrigas políticas. Posteriormente pasó a Chile y de allí al Perú, donde desempeñó funciones inquisitoriales, de las que fué relevado a raíz de un turbio proceso que se le inició por sus costumbres licenciosas, que eran frecuentes entre el clero de la conquista. Luego actuó varios años en Buenos Aires, desempeñando cargos propios de su ministerio, y en 1594 apareció en España en la inútil gestión de un retiro para la vejez. En 1601 se dirigió a Lisboa, donde presentó al virrey, el marqués de Castel Rodrigo, su

* En todos los escritos figura como Martín del Barco Centenera; sin embargo su verdadero nombre fué Martín Barco de Centenera, como consta en los documentos oficiales de su época. El error nace del en que incurrió el primer editor de *Argentina* en la portada del libro.

poema *Argentina,* que al año siguiente se publicó en esa misma ciudad. Se supone que escribió también una novela, actualmente perdida, cuyo título era *Desengaños del mundo.* Debió morir por esos años, ignorándose el lugar y la fecha.

EDICIONES DEL POEMA. — De *Argentina* se han hecho las siguientes ediciones: la "príncipe", impresa por Pedro Crasbeeck en Lisboa, el año 1602; la de Barcia (Madrid, 1799), la de Pedro de Ángelis (Buenos Aires, 1836), la de la *Revista* (Buenos Aires, 1854) y la facsimilar de la Junta de Historia y Numismática Americana (Buenos Aires, 1912).

BIBLIOGRAFÍA. — JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Estudio sobre la "Argentina" y sobre su autor,* en la Revista del Río de la Plata, t. VI, pág. 287, Buenos Aires, 1873; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología de poetas hispano-americanos,* t. IV, pág. XCII, Madrid, 1895; ENRIQUE PEÑA: *Apuntes bio-bibliográficos* que preceden la edición de la Junta de Historia y Numismática Americana, y RICARDO ROJAS: *La literatura argentina,* t. II, pág. 193, Buenos Aires, 1925.

A R G E N T I N A

(FRAGMENTOS)

. . . .

. . . tratemos de Garay, que procuraba
bajar con muchas balsas y comida,
dejando a Santa Fe bien guarnecida.

Partió con treinta mozos valerosos,
y veinte y un caballos, y servicio
en balsas; y los mozos deseosos
de guerra, que la tienen por oficio,
procuran que en los indios enojosos
se ofrezca al crudo Marte sacrificio,
de aquel Terú vengando la osadía
con triste y carnicera anatomía.

Son islas por aquí, en este pasaje,
de grandes bastimentos abastadas,
de muy hermosas tierras y boscaje
y de indios guaraníes bien pobladas,
el falso Yamandú, de mal coraje,
aquí tienen sus gentes rancheadas,
Terú, Añanguazú, Maracopá,
y en otras más abajo Tabobá.

Entraron por las islas; entendiendo
poder hacer la guerra los caballos
metieron, mas los indios van huyendo,
que no pueden los mozos alcanzallos.
Entre los verdes bosques se abscondiendo
se meten, que imposible es el hallallos,
sino es la sin ventura que guardada
la suerte le está agora desdichada.

Con gran solicitud en su caballo
entre aquestos mancebos se señala
en andar por las islas Caravallo,
y así por la espesura hiende y tala.
En medio de una selva a Yanduballo
halló con Liropeya, su zagala.
La bella Liropeya reposaba
y el bello Yanduballo la guardaba.

El mozo, que no vido a la doncella,
en el indio enristró su fuerte lanza,
el cual se levantó como centella,
un salto da y el golpe no le alcanza.
Afierra con el mozo, y aun perdella
la lanza, piensa el mozo, que abalanza
el indio sobre él, por do al ruido
la moza despertó y pone partido.

Al punto que a la lanza mano echaba
el indio, Liropeya ha recordado,
mirando a Yanduballo así hablaba:
Por Dios dejes, amigo, ese soldado,

un sólo vencimiento te quedaba,
mas ha de ser de un indio señalado,
que muy diferente es aquesa empresa
para cumplir conmigo la promesa.

Diciendo Liropeya estas razones,
el bravo Yanduballo muy modesto
soltó la lanza, y ase las aciones
y a Caraballo ruega baje presto.
El mozo conoció las ocasiones
y muévele también el bello gesto
de Liropeya, y baja del caballo
y siéntase a la par de Caraballo.

El indio le contó que un año había
que andaba a Liropeya tan rendido,
que libertad ni seso no tenía
y que le ha la doncella prometido
que si cinco caciques le vencía,
que al punto será luego su marido.
El tener de español una querella
no quiere, por quedar con la doncella.

Mas viendo el firme amor destos amantes,
licencia les pidió para irse luego,
dejándoles muy firmes y constantes
en las brasas de amor y vivo fuego.
Dos tiros de herrón no fué distantes,
con furia revolvió, de amores ciego,
pensando de llevar por dama esclava,
al indio con la lanza cruda clava.

Yanduballo cayera en tierra frío,
la triste Liropeya desmayada,
el mozo con crecido desvarío
a la moza le habló, que está turbada.
Volved en vos, le dice, ya amor mío,
que esta ventura estaba a mi guardada,
que ser tan lindo, bello y soberano
no había de gozarlo aquel pagano.

La moza con ardid y fingimiento
al cristiano rogó no se apartase
de allí si la quería dar contento,
sin que primero al muerto sepultase,
y que concluso ya el enterramiento
con el caballo la llevase.
Procurando el mancebo placer darle,
al muerto determina d'enterrarle.

El hoyo no tenía medio hecho,
cuando la Liropeya con la espada
del mozo se ha herido por el pecho,
de suerte que la media atravesada
quedó diciendo, haz también el lecho
en que esté juntamente sepultada
con Yanduballo aquesta sin ventura,
en una misma huesa y sepultura.

Lo que el triste mancebo sentiría
contemple cada cual de amor herido.
Estaba muy suspenso qué haría
y cien veces matarse allí ha querido.

En esto oyó sonar gran gritería,
dejando al uno y otro allí tendido,
a la grita acudió con grande priesa
y sale de la selva verde espesa.

Aquesta Liropeya en hermosura
en toda aquesta tierra era extremada.
Al vivo retratada su figura
de pluma vide yo muy apropiada,
y vide lamentar su desventura
conclusa al Caraballo, la jornada,
diciendo, que aunque muerta estaba bella
y tal como un lucero y clara estrella.

Mil veces se maldijo el desdichado,
por ver que fué la causa de la muerte
de Liropeya, andando tan penado
que mal siempre decía de su suerte:
Ay, triste por saber que fuí culpado
de un caso tan extraño, triste y fuerte,
tendré hasta morir pavor y espanto
y siempre viviré en amargo llanto.

(Canto XII)

. . . .

Oberá, como digo, se llamaba,
que suena a resplandor en castellano.
En el Paraná grande éste habitaba,
el bautismo tenía de cristiano
mas la fe prometida no guardaba,
que con bestial designo a Dios tirano

su hijo dice ser, y concebido
de virgen, y que virgen lo ha parido.

La mano está temblando al escribillo,
mas cuento con verdad lo que decía
con loca presunción aquel diablillo,
que más que diablo en todo parecía.
Los indios comenzaron de seguillo
por todas las comarcas do venía.
Atrajo mucha gente así de guerra,
con que daños hacía por la tierra.

Dejando, pues, su tierra y propio asiento,
la tierra adentro venía predicando.
No queda de indio algún repartimento
que no siga su voz y crudo mando.
Con este impío pregón y mal descuento
la tierra se va toda levantando;
no acude ya al servicio que solía,
que libertad a todos prometía.

Mandoles que cantasen y bailasen,
de suerte que otra cosa no hacían,
y como los pobretos ya dejasen
de sembrar y coger como solían,
y sólo en los cantares se ocupasen,
en los bailes de hambre se morían,
cantándoles loores y alabanzas
del Oberá maldito y sus pujanzas.

Un hijo que éste tiene se llamaba
por nombre Guiraró, que es palo amargo.

Del nombre Papa acueste se jactaba.
Con éste, el padre dice, yo descargo
la grande obligación que a mi tocaba;
con darle de pontífice yo el cargo,
aqueste es el que viene bautizando
y los nombres a todos trasmutando.

No quiero más decir de sus errores,
de que andaba la tierra alborotada
en todo el Paraná y sus redores,
y así se fué tras él de mano armada;
mas como éste tenía corredores
y gente puesta siempre en gran celada,
en viendo la pujanza conocida
del enemigo, pónese en huída.

Aqueste fué la causa que estuviese
la tierra levantada como estaba
y que a servir al pueblo no viniese.
También Garay, dijimos, publicaba
la guerra contra éste, aunque tuviese
otro designio, al fin pues caminaba
cuando fuente los lirios ha tomado,
do nace el Ygpanemé desdichado.

Tomando los soldados esta fuente,
sus tiendas y sus toldos asentaron,
en torno de la cual alegremente
del prolijo camino descansaron.
De un bosque muy cercano, de repente,
don indios salen fuertes, y llegaron

do estaba nuestra gente reposando,
y de los dos el uno está hablando.

A tan altivo, dice, atrevimiento
no había de ofrecerle desafío,
mas castigo hacer para escarmiento
de vuestra presunción y desvarío.
¿Porque os osáis meter en este asiento
con tan flaca pujanza y poderío?
Salid con lanza, espada y con escudo,
que bástame esta pica, aunque desnudo.

Pudiéramos traer arcos y flechas,
mas quiere el gran cacique sean probados
de vosotros agora estas derechas
que tienen mil cervices quebrantadas.
Por tanto apagaréis también las mechas,
que son armas al fin aventajadas,
y con lanza y espada, o con los brazos,
hagámonos de presto aquí pedazos.

Dos somos, salgan dos, o tres, o cuatro luego,
de aquellos que presumen ser valientes,
que por temor, o miedo, ni por ruego
no habemos de afrentar a los parientes.
Al punto questo oyeron, como un fuego
saltaron dos mancebos diligentes,
Inciso y Espeluca, sus espadas
con las bravosas manos empuñadas.

Pitum y Corací, como los vieran
salir con tal esfuerzo y gallardía,

con rabia y con furor arremetieron
y las picas calaron a porfía.
Los gallardos mancebos acudieron
con tal ardid y maña y osadía
que traban en un punto tal batalla
que Marte no cansara de miralla.

Al Inciso Pitum le cupo en suerte,
que en el aire parece salta y vuela.
Con su pica tostada, grande y fuerte,
por cien partes le rompe la rodela,
y aunque parece darle ya la muerte,
de tal suerte el cristiano se desuela
que pierde Pitum toda su esperanza,
que el cristiano le corta media lanza.

El bravo Corací al Espeluca
con ánimo bestial enfurecido
le tiene a mal traer y a la boruca.
El suelo su tropel ha ennegrecido.
Con fuerza con la piza le trabuca;
el cristiano con maña guarecido
se tuvo, porque estando de rodillas
a Corací ha herido en las mejillas.

Inciso, como ve que le faltaba
la media de la pica a su enemigo,
con ánimo mayor más se arrojaba
y un golpe le tiró junto al ombligo.
Pitum del corazón fuerzas sacaba,
que no las tiene todas ya consigo,

y viéndose sin fuerzas y acosado
a los brazos venía denodado.

El cristiano, que siente lo que quiere,
por ver como se estira y endereza,
con fuerza de alto abajo bien le hiere,
y aunque el golpe arrojaba a la cabeza,
la mano le cortó. Si no huyere,
Pitum ha de morir en breve pieza,
mas él está tan ciego en no huirle,
que más quiere morir que escabullirle.

Al fin, como se ve sin una mano
y el dolor que padele le atormenta,
volviendo las espaldas al cristiano,
el resto de la pica al suelo abrenta.
Huyendo va a gran priesa por el llano,
que ya no se les acuerda del afrenta.
El otro, que se vió sin el Pitum solo,
aprieta con más fuerza quel Eolo.

Inciso y Espeluca mal heridos
quedaron, y confusos deste trance,
por ver los enemigos ya huídos
sin que ellos puedan irles en alcance,
qu'el capitán prohibe sean seguidos,
diciendo que bastaba el bello lance
y que del hecho suyo fama y gloria
merecen pues quedaron con victoria.

(Canto XX)

LUIS DE TEJEDA Y GUZMÁN

NOTICIA. — Nació en Córdoba el 25 de agosto de 1604 de una familia de conquistadores, opulenta y de ilustre origen peninsular. Es cronológicamente el primer poeta criollo que hasta el presente se conoce. Su vida ha podido ser rastreada con minucia gracias a las claras alusiones a la misma que encierra su obra y al manuscrito anónimo, existente en la Biblioteca Nacional, titulado *Genealogía de los Tejeda.* Su infancia y adolescencia transcurrió junto a los jesuítas de la docta ciudad, quienes le proporcionaron una sólida cultura que abarcó todas las ramas del conocimiento. Su juventud fué disipada y en ella dió libre curso a las tendencias de su temperamento imaginativo, fogoso y sensual. Sus aventuras galantes, llevadas a cabo con una falta total de consideraciones, no se interrumpieron a pesar del matrimonio que la familia le concertó para llamarle a sosiego. Tan sólo la edad, con la mengua de las energías vitales, le indujo a una conducta ordenada, en la que se consagró al estudio, la meditación, la piedad y la escritura de la parte más ponderable de su obra. Nunca estuvo en España y poca influencia intelectual debió recibir directamente de ella; sin embargo su personalidad — criollo en segunda generación — ofrece un notable paralelismo con la de los más notables poetas españoles de su tiempo, en los cuales coexistían, igual que en

él, desordenados impulsos de goce terrenal y una fuerte propensión mística que en el ocaso de la existencia les llevaba al claustro. En 1661 Tejeda renunció a su fortuna y, viudo ya, entró como lego en el Convento de Predicadores. Dos años más tarde, arrepentido de los excesos de su juventud, comenzó a componer su obra principal, el poema titulado *El peregrino en Babilonia.* Murió en 1680 en su ciudad natal y permaneció ignorado hasta comienzos del presente siglo, en que Ricardo Rojas descubrió el manuscrito incompleto de sus obras.

BIBLIOGRAFÍA. — RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. II, pág. 431, Buenos Aires, 1925; ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ: *Noticia histórica y crítica* que precede al libro *Coronas líricas*, prosa y verso de Tejeda, Córdoba, 1917.

EL PEREGRINO EN BABILONIA *

(FRAGMENTO)

¿Quién al pie vido de montuoso risco
de cándido vellón copioso aprisco
por la inverniza noche encarcelado
en redil espacioso
y en su profundo sueño
del manso su custodio, sino dueño,
cordero el más hermoso, el más nevado,
guardado y asistido,
después de haberle sido todo el día
en sus abrevaderos norte y guía,
que si el menor latido,
o imaginado sea o verdadero,
a herirle llega el vigilante oído,
al funesto peligro se apareja
con la una y con la otra atenta oreja,
enhiesta y recelosa,
y despierto y valido
con rústica advertencia
prevenida a la incierta contingencia?

---

* Fragmento transcripto de la edición de Ricardo Rojas (Bs. As., 1916), hecha según el códice existente en la Biblioteca Nacional.

Porque si fuere ya el peligro cierto,
quiere más ser despedazado y muerto
que del rebaño un mínimo cordero
sea de fieros lobos prisionero,
sin reparar cuan sola y triste deja
la bellísima oveja
que vale más que el resto del ganado,
en quien fué concebido y fué criado
con los poyos de su leche pura,
y en viendo que el bramido desparpaja,
el querido rebaño no le ataja,
porque huyendo se libre y sólo él muera
entre las garras de la bestia fiera.
Quien este lance tan sensible vido
repare en que aquel manso, aquel cordero,
símbolo siempre de Jesús ha sido,
y el rebaño del cándido ganado
de su sagrado y fiel apostolado
que despertó rendido
el sueño en la prisión y amarga entrega,
y aquella pacientísima borrega
la virgen solitaria
aquella noche de tormentos varia,
cuya tierra, metáfora siguiendo,
como presagio ya del caso horrendo,
la solitaria oveja en su retiro
con uno y otro irracional suspiro
que en balidos sensibles manifiesta,
de su pena molesta
remedios pide al cielo y a la tierra;

y vagando con la noche obscura
sin saber donde va, la senda erra,
hasta que el alba pura
con su primer crepúsculo figura
con su sentido absorto
desde un pequeño aborto
de tierra, del ganado perdido
el rastro en varias partes repartido,
y en él no hallando de su amado manso,
por el áspero risco sin descanso,
saltando sin cesar de peña en peña,
en buscarle se despeña
hasta que rodeado al fin le mira
de crueles lobos que con bestial ira,
y a dentelladas fieras y tirones,
su vellosino de oro en tiempo breve
despedazado dejan, y en girones
que unos matiza sangre y otros nieve.
Que su discurso a meditar no eleve
la soledad sagrada
en que quedó la virgen lastimada
oyendo del apóstol penitente
cuan afrentosamente
ante Anás y Caifás fue presentado
y vilmente juzgado
el juez de cielo y tierra verdadero,
y fué de sus ministros prisionero
en lo restante de la noche fría.
Mas cuando oyó la celestial María

que para hacer aquella junta ciega
presentación y entrega
a Pilatos, cesáreo presidente,
sólo esperaba que rayase el día
viendo que el sol con su luminosa frente
al alba ya seguía,
ni escuchar quiere más. Ni tiempo espera,
mas con las alas del amor ligeras
al público pretorio se encamina,
llorosa, solitaria, peregrina.
Había ya llevado aquel consejo
de envidiosos pontífices, escribas
y falsos fariseos,
a quien seguía nuevo pueblo y viejo
sin la infinita turba populosa
entre la licenciosa
caterva vil de los verdugos crueles,
maniatado con rígidos cordeles
al Salvador divino,
juez de cielos y tierra verdadero,
hasta llegar al tribunal indigno,
Licostratos llamado,
porque a muerte de cruz en un madero
fuese allí de Pilatos condenado.
Mas siendo aun conocida de Pilatos
con la ciega y gentílica ignorancia
de Jesús la inocencia
en su humildad profunda, en su paciencia,
y de aquellos hebreos tan ingratos

los envidiosos y doblados tratos
de su loca soberbia y arrogancia,
siendo su pasión clara y alaridos
testigos claros de su injusta causa
con turbulenta furia repetidos,
deseando libertar al Justo reo,
(viendo que era Jesús de Galilea),
le remitió al tetrarca galileo
que entonces en aquella de Judea
metrópoli asistía.
Pero Herodes sentido
de que de los milagros que había oído
con uno la eternal sabiduría
no lisonjease su ambición profana,
estimándole en poco
como a insensato y loco,
con la misma ignominia y compañía
le despidió, por señas de locura
con una vil y blanca vestidura.
Esta estación amarga
que obedeciendo están inicuos jueces,
anduvo por dos veces
quien del cielo a la tierra peregrino
por nuestro amor a caminarla vino,
fué mucho más penosa
que las de la pasada noche larga
de tan horribles penas y tormentos,
porque mueve a debidos sentimientos
el ver que ya la clara luz del día
lo que encubrió la noche descubría.

La gente numerosa
que vino a la ciudad del orbe todo
a la solemne pascua del cordero,
estaba el espectáculo mirando
más triste que vió el mundo lamentable;
el más público espacio
era de la ciudad éste que había
tránsito hasta el Pretorio del palacio
en que Herodes vivía,
cuyo inmenso vacío
propio y extraño embarazo gentío
de un largo y otro haciendo larga calle
mientras pasaba el Salvador Supremo
de nuestras libertades,
con aquella servil figura humana
su Majestad cubriendo soberana,
llevando iba al opuesto extremo,
al tiempo que la Madre Dolorosa,
desalajada y en busca de su hijo,
guiada por la grita y regocijo
de los ministros fieros que le traían,
con ánimo constante,
inmóvil y parada,
(¡ay, Dios, qué vista!), le miró a la entrada
del sacrílego emporio
del bando farisáico ocupada,
de allí mismo la virginal oveja
de su manso cordero,
de famélicos lobos prisionero,

consideró su rostro, vió su talle,
mas ¿qué imaginación viva podría
al vivo retratarle
como le vido y cual quedó María?
Más acertado es antes
de las vistas del hijo y de la Madre
y a su insufrible duelo
correrles la cortina en sombra y velo,
como la vista le encubrió Temiantes
de su efigenia al doloroso Padre.
Basta decir que el blanco vellocino
de la virginal tela de María,
humano seno de su ser divino,
tinto en sangre venía
y hecho pedazos a jirones rojos.
Después que se miraron Madre e hijo
y pagaron con perlas de sus ojos
el uno al otro el natural tributo,
por la vista de cada cual asoma
un alma, y de su lengua sustituto,
así se hablan con su mudo axioma:
—Madre, esta púrpura sangre que me diste
cuando me concebiste y me criaste,
que hoy por el hombre se derrame y gaste
es justo, pues para esto me pariste.
—Hijo, aunque paso yo tu pasión triste
dentro de la alma mía que criaste,
¿por qué también de este sangriento engaste
a mi cuerpo partícipe no hiciste?

—Porque si cuando tanto me humillo
al dolor, a la afrenta y al tormento,
tu cuerpo en mi pasión me acompañara
no hiriera tu alma aquel cruel cuchillo,
que es el mayor dolor que ahora siento,
y este dolor a mi pasión faltara.

SOBRE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO*

En aquel triangular y único espejo
de la visión de luz inaccesible,
que ni a lugar se estrecha limitado
ni a duración del tiempo sucesiva,
miró Gabriel, espíritu gallargo,
fortaleza de Dios, arcángel bello,
aquella pura y singular criatura
que los ángeles vieron al instante
de su creación, en cuyo vientre virgen
había de tomar carne el verbo eterno.
Reconoció que estaba ya en la tierra,
ya de Luzbel ruina y de Miguel grandeza,
penetrando en espíritu los cielos
hasta llegar al otro consistorio
del divino consejo
pidiendo el cumplimiento a la promesa
por tan prolijos siglos dilatada.
Padre, dijo a Gabriel el sacro oráculo,
y anúnciale a esa virgen como es ella
en quien ha de encarnar mi eterno verbo,

* Fragmento transcripto de la edición de Ricardo Rojas (Bs. As., 1916), hecha según el códice existente en la Biblioteca Nacional.

y porque embajador tan digno seas
la llave te franqueo del tesoro
mayor que tengo. Atónito y pasmado
Gabriel a favor tanto,
reconoció los misterios hasta entonces
reconcentrados en la eterna esencia;
vió que el tiempo preciso era llegado
de nuestro redención y los dos nombres
de Jesús y María colocados
en el taller precioso de los títulos
de la Divinidad, para que fueren
sobre otro cualquier nombre respetados.
Partió ligero el Paraninfo sacro
de sí dejando admiración (no envidia)
en los angelicales nueve coros
con tiernas atenciones al oficio
de embajador que lleva en el negocio
más arduo y venerable,
del eterno consejo
le miran y respetan humillados
a los dos nombres que a su pecho engasta.
Desde entonces el cielo
sonoro culto al nombre de María
en aves dulces incesable ofrece,
y así el rosario tuvo con sus rosas
en las estrellas su nativo origen.
Rompió, pues, el espíritu luciente
el globo diamantino hasta el terrestre,
y en los dichosos campos
de la gran Galilea

descubrió de Nazareth humilde meta
de su curso veloz, infatigable.
Era ya la sazón que sus campiñas,
trocando lo pajizo en esmeraldas,
tendidos bastidores ofrecían
a la reciente maestra primavera
para bordados de diversas flores.
Ni paró allí el espíritu invisible
hasta llegar al último retrete
en que hablaba la imperial infanta,
que era un huerto cerrado
que una sencilla linfa cristalina
para que fecundase en él sus pastos
a la sazón del tiempo disponía,
aunque las ricas perlas de sus ojos
en olor y color adelantaban,
sus bellas primogénitas, las rosas
entre ellas, pues la estática doncella
de la sacra escritura
doctamente ilustrada
que ya el cumplido venturoso tiempo
y término infalible
de tantas profecías le enseñaba,
estaba reverente y suplicante,
postradas por el suelo las rodillas
y las manos al cielo levantadas,
con sus dos ojos taladrando estrellas
cuyos rayos de amor al alto solio
uno y trino robaban los afectos
y estos dulces coloquios prorrumpía

por el clavel partido de sus labios:
—¡Oh, siglo venturoso,
cumplimiento de tantos
de esperanza y llantos,
término no dudoso,
pues nacerá en tus días
aquella virgen que predijo Isaías!
¡Oh, si han de ser mis ojos
dichosos de mirarla,
aunque para buscarla
la vida de en despojos!
Y ¿qué más bien perdida
que por tan alto bien tan dulce vida?
Si de verla llegare
la venturosa hora,
y de ser mi señora
por dicha se dignare,
¿cómo la serviría?
Gloria es pensarlo sólo al alma mía.
¡Oh, como el tierno niño
que de esta virgen bella,
dejándola doncella,
nacerá blanco armiño,
sirviera yo de esclava!
¡Oh, tiempo, pues llegaste, acaba, acaba!
Estímulos de amor tan bien sentidos
entre suspiros y abrazados llantos
fueron último esfuerzo a los que estamos
siglos, el limbo obscuro
al cielo envíaba hasta entonces duro.

Cuando el glorioso atleta de visible
cuerpo vistió su espíritu invisible,
del aire puro ambiente,
del florido vergel purificado
con el aliento de sus castas rosas,
y con el rostro y talle acomodado
al oficio que traía de un mancebo
hermoso, honesto, grave y refulgente,
las rodillas postró, radiante Febo,
y a los castos oídos
de la virgen turbada
presentó reverente esta embajada:
Ave María gratia plena,
Dominus tecum benedicta tu
in mulieribus.

SONETO A SANTA ROSA DE LIMA *

Nace en provincia verde y espinosa
tierno cogollo, apenas engendrado
entre las rosas, soles ya del prado,
crepúsculo de olor, mayo de Rosa;

de los llantos del alba apenas goza,
cuando es del dueño singular cuidado,
temiendo se lo tronche el rudo arado
o se lo aje mano artificiosa.

Mas ya, que del cairel desaprisiona
la virgen hoja, previniendo engaños,
la corta, y pone en su guirnalda, o zona;

así esta virgen tierna en verdes años
cortó su autor, y puso en su corona
a bien anticipados desengaños.

---

* Transcripto de la edición de Ricardo Rojas (Bs. As., 1916), hecha según el códice existente en la Biblioteca Nacional.

FELIPE FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y ESPINOSA *

NOTICIA. — Vástago de una familia principal, de noble origen, nació en Salta alrededor de 1665. Sus inclinaciones y el ambiente muy religioso del hogar en que se crió, impulsáronle a abrazar el sacerdocio. Estudió en Lima, en la Universidad de San Marcos, con mucho provecho, ciencias profanas y sagradas, y además cultivó la poesía. En 1694 compuso un *Romance al Conde de la Monclova*, única obra suya que hasta la fecha ha sido posible hallar. Después de ordenarse, regresó a su ciudad natal, y de ahí pasó a Córdoba, donde vivió en obscuro retraimiento hasta el día de su muerte.

BIBLIOGRAFÍA. — CARLOS GREGORIO ROMERO SOSA: *Un poeta salteño del Siglo XVII*, en "El Pueblo" de Salta, número del 14 de setiembre de 1940, y, del mismo autor: *La Salta del Siglo XVII y el versificador don Felipe Fernández de Córdoba y Espinosa*, libro aun inédito.

---

* Los pocos datos que sobre este poeta se conocen, son fruto de las pacientes y prolijas investigaciones del señor Carlos Gregorio Romero Sosa, joven estudioso de nuestro pasado colonial. A su gentileza debemos el poder incluirlo en la presente antología, y al hacerlo destacamos el mérito que le asiste por su hallazgo, que viene a enriquecer el acervo conocido de la literatura argentina en ese período.

R O M A N C E

AL CONDE DE LA MONCLOVA

El muelle prodigioso,
que en ondas cristalinas
con las aguas se roza
para causarles risa;
donde Neptuno airado
la hinchada frente humilla,
que a reprimirlo basta
tenerlo allí a la vista;
donde soberbias torres,
si se encrespan altivas,
cuando inundarlo esperan,
a sus plantas expiran;
a quien plumas de nieve
coronas peregrinas,
porque del mar la saña
le da rizos que ciña,
obra es del Conde ilustre
que en los pechos domina,
a cuyas nobles aras
reprime el mar sus iras.
De su valiente planta

Neptuno se retira,
que si la arena pasa,
el tridente le pisa.
De su autor el respeto
al mar la obra acaricia,
pues la ola que le amaga
llega a lamerle, amiga.
Ya las murallas fuertes
se gozan defendidas,
de quien el muelle labra
de inundación las libra.
Ya se estrechan las aguas
aún dentro de sí mismas
porque les tiene presas
el gran Virrey las prisas.
Este muelle es diseño
de su grande justicia,
pues no quieren sus rocas
olas de plata ricas.
¡Vive eterno, gran Conde;
tu nombre eterno viva!,
que ya la fama grata
por el orbe lo grita.
Y tu muelle famoso
a su autor eterniza,
que en cuanto el mar lo lama
lo acordarás a Lima.

JUAN BALTASAR MAZIEL

NOTICIA. — Nació en Santa Fe el 8 de setiembre de 1727. Abrazó la carrera eclesiástica y, ordenado sacerdote en Córdoba, donde realizó sus estudios con brillo y provecho, se estableció en Buenos Aires. Dentro de la Iglesia desempeñó diversos cargos, privativos para personas de talento y responsabilidad, y logró alcanzar la jerarquía episcopal, siendo nombrado Gobernador General del Obispado de Buenos Aires. Fué muy estimado por sus contemporáneos y disfrutó de merecida fama como orador. Sus méritos literarios no fueron muchos, y él, reconociéndolo, trató con honestidad de superarse y de suplir la inspiración ausente con la sobria dignidad de sus versos. Casi todas sus composiciones son de circunstancias y dedicadas a obispos y virreyes, y en especial a Cevallos, a quien admiró profundamente. Si algún título le asiste para que su nombre se perpetúe en nuestras letras, es el de ser autor del primer poema escrito en habla campesina, pudiendo considerársele, en cierto modo, precursor de los poetas gauchescos. A la edad de sesenta años el virrey Loreto lo desterró a Montevideo, y en esa ciudad murió el 2 de enero de 1788.

BIBLIOGRAFÍA. — JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *El doctor Juan Baltasar Maziel*, en la Revista de Buenos

Aires, t. VI, pág. 344, Buenos Aires, 1865; Arturo Reynal O'Connor: *Los poetas argentinos*, pág. 67, Buenos Aires, 1904; Juan de la Cruz Puig: *Antología de poetas argentinos*, t. I, pág. XXVII, Buenos Aires, 1910, y Ricardo Rojas: *La literatura argentina*, t. I, pág. 549, Buenos Aires, 1925.

S O N E T O*

(El muy ilustre y venerable deán y cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, habla al Excelentísimo señor don Pedro de Cevallos, su virrey y vicepatrono).

No del soberbio Capitolio erguido
hoy envidia su pompa mi fe atenta,
cuando es la majestad que aquel ostenta
de un Júpiter falaz y fementido.

Aquí el Dios que preside siempre ha sido
verdadera deidad, que nos presenta
humanado el espíritu, que alienta
el valor de tu pecho esclarecido.

Entrad héroe, por tanto victorioso,
en este templo de tu Dios augusto
a hacerle de tus triunfos sacrificio.

Entrad, que nuestro espíritu obsequioso
sus votos todos unirá con gusto
para haceros su nombre más propicio.

---

* Su manuscrito se halla entre los papeles coloniales de D. Saturnino Segurola, existentes en la Biblioteca Nacional, t. 10, pág. 285.

JÁCARA TROTONA*

No extrañen, señores,
que yo, apoltronado,
haya estado a vista
de un recio fandango.
Ausente me hallaba,
por mi infeliz hado,
cuando aquí bailaban
con todos los diablos.
A la voz del ruido
vine apresurado,
deseoso de ver
sarao tan extraño.
Entré por la calle
de los padres magros,
que cuando más gordos
se muestran más flacos.
Y luego, al momento,
me salió al atajo
uno que la gorra
tenía de Pilatos.
—Deténgase, dice

* Manuscrito existente entre los papeles de Juan María Gutiérrez, en la Biblioteca del Congreso, de donde la tomó Juan de la Cruz Puig.

todo mesurado,
que por aquí ya
no hay más paso franco.
—Hombre, le replico,
¿estáis endiablado?
¿Quien pudo cerrar
camino tan ancho?
¿No es esta la calle
por donde han entrado
cuantos han querido
ser afortunados?
¿No está aquí la aduana
donde se han cobrado
de las sumisiones
los hechos forzados?
Déjeme, por Dios,
que vaya postrado
siquiera a rendirme
a *Mendaña* y *Blanco;*
pues sin duda temo
que, de lo contrario,
seré de estos padres
el hijo bastardo.
Y ya en adelante
me veré hecho el blanco
donde asesten todos
sus tiros más pardos.
—¡Qué pardos —me dice—,
ni padres o diablos,

si hasta de sus casas
están ya expulsados!
Esta voz terrible,
cual si fuera un rayo,
me desconcertó
y dejó aterrado.
Procuré volver
de mi sobresalto,
y como más pude
le dije temblando:
—Conque, hombre, ¿es posible
que se haya acabado
de *la Compañía*
el reino tirano?
Mas, ¿cómo es capaz
que a un poder tan vasto,
que el bueno de *Alonso*
hacía más osado
porque lo afianzaba
en aquel ternario
de ciencias y riquezas
con muchos soldados,
haya habido quien
sea tan temerario
que se haya atrevido
a lo haya arruinado?
¿No es éste aquel mismo
que ahora pocos años
aun de dos coronas
frustó sus tratados?

¿No es el que triunfó
y siempre ha triunfado
de cuantos, por Dios,
fueron sus contrarios?
¿No es el que tenía
en su gran Cevallos
su imperio absoluto
bien asegurado?
Pues, ¿y el ministerio
a que iba llamado,
y con el que a todos
tenía asustados?
¿Qué efecto ha tenido
y cómo ha dejado
que así se aniquile
su más rico banco?
¿Qué ha hecho el Padre Diego
inquisidorazo,
que del Santo Oficio
no ha vibrado rayos?
¿Qué el Padre Juan Carrio,
gata mari-ramos,
que con su Deo-gracias
invocaba al diablo?
¿Cómo no han podido
frustrar con engaños
y sus muchos pesos
golpe tan pesado?
—¡Qué Diego ni Carrio,
Cuervos ni Cevallos

—me dijo—, si todos
están ya en tres palos!
Cevallos, apenas
vió volcado el plato,
vomitó a los dos
que se había tragado.
Como la substancia
les había chupado
y lo que quedaba
le había de hacer daño,
al momento mismo
las bascas le entraron
y las arrojó
su estómago blando.
Quedaron aquellos
dos pobres cuitados
sin piel ni pellejo
esperando el santo
que ya se les dió;
y luego pasaron
a despellejar
a los italianos.
Cevallos con esto,
desembarazado
de los que ya le eran
fardos muy pesados,
fué y entró a la Corte
como mojigato,
acechando empleos
que aquí había soñado.

Todos se le esconden
y le paga el diablo
sus grandes servicios
por pasos contados.
Pues como él a todos
dejó aquí engañados
con vanas promesas,
se ve allí burlado.
Cuando fué a besar
de Carlos la mano,
llevó al de San Juan
para su reparo.
Poco le sirvió
padrino tan caro,
pues el justo rey
con su ceño airado
le arrojó una ojeada
que cual otro rayo
postró por los suelos
aquel Goliat falso.
—Quiten de aquí —dijo—
a ese loco insano,
estatua de viento
con los pies de barro—.
Después que volvió
del fatal desmayo
recibió una herida
de cien mil morlacos
que había en el Colegio
de Cádiz dejado

como de reserva
para algún fracaso.
Ni se quedó en esto,
que aquí le han pillado
cincuenta y seis mil
de los mismos fardos
que su corredor,
el Padre Juan Carrio,
mercó en la Colonia
con notable daño
de los comerciantes
y del soberano
a quien sus derechos
defraudó el bigardo.
Con aquestos golpres
y otros que ahora callo,
y que no compensan
lo que ha defraudado,
se ve el miserable
tan caído y postrado
que ya la tiricia
lo tiene a su salvo.
Y volviendo atrás
sus ojos quebrados,
blasfema de Carrio,
Diego y sus sicarios.

Luego que escuché
sucesos tan raros,
quedé más confuso

que un encapillado.
—Adios, camarada,
le dije al soldado.
Y tomé la vuelta
con tal sobresalto
que llegué a dudar
si estaría soñando,
o si yo gozaba
el rapto de Pablo.
No bien dado había
tres o cuatro pasos,
cuando un buen amigo
que me encontró acaso,
se quitó de dudas
y paso por paso
entró a referirme
el suceso extraño.
Me añadió que a Roque,
aquel bello enano
que hizo su figura
en tiempos pasados,
aquel fiel conducto
por donde Cevallos
nunca saber pudo
sino lo más falso,
aquel que con sus chismes
que son de quebrados,
la factura propia
de los contrabandos;
aquel, finalmente,

que por puro y casto
dejó muy atrás
a Sadarnápalo;
que a Roquillo, dijo,
me le había tocado
una buena parte
en aquel fracaso,
y que por sus culpas
iba destinado
a purificarse
allá en Maldonado,
donde al mis tiempo
serviría a Cevallos
aumentando el pueblo
que dejó fundado.
También me contó,
que Lerdo, aquel Sancho
a quien lo pollino
envidiaba su asno,
aquel cuyo peso
lo lleva agobiado
y siempre parece
que le tira al pasto,
aquel que después
de ser tan pesado
andaba ligero
en pos de Cevallos,
que era su Quijote,
y el más desgarrado
entre la gavilla

de sus muchos criados;
que era el mayor fuelle
por donde aquel diablo
arrojaba el aire
de su hálito osado,
que no perdonó
ni aun lo más sagrado
porque hacía gala
del mayor escándalo;
cara de vejiga
de viento soplado,
según lo define
todo el Peripato:
que éste, pues, también
iba caminando
con el buen Roquillo
para Maldonado,
pueblo en que podría
como tan maestroso
hacer su ritual
a sus magistrados
de paz, en que tanto
apuró su ingenio
más lergo que Sancho.
Díjome igualmente
que iba con entrambos
un tal Arizaga
de talentos raros,
hombre en quien había
confiado Cevallos

cuanto en su conquista
robó al Soberano,
y a quien, asimismo,
lo tenía nombrado
por encomendero
de todos sus trapos,
porque era razón
que aquellos rezagos
de medias, calzones,
chupas y zapatos,
lo fuese a expender
en su pueblo amado
ya que lo dejó
desnudo y descalzo.
Que con estos tres
iba acompañado
el francés Lasala
para hacer el diario
de sus aventuras
y extraños acasos,
pues con las gacetas
que habían forjado
y de que dió norma
a su suegro Caro,
cuando de mentiras
llenaba este teatro,
tenía a su favor
los votos ganados
para ser diarista
de fracasos tantos.

Por fin, me expresó,
que a más, otros cuatro
con esta tormenta
habían naufragado,
y que por su dicha
habían ya ganado
una isla en que pasan
sus culpas llorando.
Yo confieso, amigos,
que al oír tan extraños
sucesos, que nadie
se había imaginado,
quedé tan confuso
y tan abismado
que no he vuelto en mí
ni volveré acaso.
Por esto, a pesar
de mi humor salado,
me he estado en silencio
como un ermitaño.
Todo se me ha ido
en mirar a lo alto
y adorar de esta obra
la divina mano.
Que Dios la conserve
por eternos años
y guarde aquel héroe
que la ha ejecutado.

CANTA UN GUASO EN ESTILO CAMPESTRE

LOS TRIUNFOS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PEDRO CEVALLOS *

Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestas talas,
del maior guaina del mundo
los triunfos y las gazañas,
del señor de Cabezón,
que por fuerza es camarada
de los guapos Cabezones
que nada tienen de mandrias.
He de puja, el caballero,
y bien vaia toda su alma,
que a los portugueses jaques
ha surrado la badana.
Como a ovejas los ha arriado
y repartido en las pampas,
donde con guampas y lazos
sean de nuestra lechigada.

* Papeles coloniales de D. Saturnino Segurola, t. 10, pág. 255.

De balde eran mis germanos,
sus cacareos y bravatas,
si al columbrar a Cevallos
no lo hubo así el come Bacas.
O más aina: come gente,
vuestro don Pina Bandera,
salteador de la otra banda,
que allá por sus andurriales,
y siempre de disparada,
huyendo como abestruz,
aún se deja atrás la gama...
Ya de Santa Catalina
las batatas y baranjas
no les darán en el pico
aunque más griten chicharras.
Su colonia raz con raz
disque queda con la plaza,
y en ella, ¿cuándo la otra
harán de azulejos casa?
Perdone, señor Cevallos,
mi rana silvestre y guaza,
que las germanas de Apolo
no habitan en la campaña.

JOSÉ ANTONIO DE SAN ALBERTO

NOTICIA. — Nació en España el año 1727 y profesó en la orden de los Carmelitas descalzos. Durante muchos años se dedicó a la enseñanza en Huesca y Calatayud, y más tarde fué prior de Terazona y luego secretario provincial de su orden y procurador general de la misma. Al promediar su vida pasó a América como obispo de Córdoba. Lo fué también en el Perú y en Buenos Aires. Hombre de algunos talentos y poseedor de una sólida cultura, sobresalió como orador sagrado y fué un escritor muy fértil. Las pastorales, oraciones fúnebres y libros piadosos que salieron de su pluma alcanzaron gran popularidad en las postrimerías del siglo XVIII. Escribió además varios estatutos e instrucciones para la fundación de conventos de carmelitas. Como poeta su obra es reducida y se inspiró exclusivamente en motivos religiosos y su tema principal fué la Virgen María, a la que dedicó varias composiciones — septenarios, salves, canciones devotas, etc. —, de escaso valor literario pero impregnadas de tiernísimo sentimiento religioso. Murió en 1804.

SEPTENARIO DE LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA*

I

Duélome, que traspasada
os dejó la profecía
de Simón, que os decía
que os heriría la espada
del dolor. ¡Oh, madre amada!
¡y qué rigoroso día
para vos aquel sería!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

II

Duélome, que José tierno
os dió el repentino aviso
de que huir era preciso
a Egipto, y en el invierno.
¡Oh, que sentimiento interno,
ansias, temor y agonía

* Transcripto de un folleto existente en el Museo Saavedra; impreso por los *Niños expósitos* en 1781 y reimpreso en 1785.

vuestro pecho llevaría!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

III

Duélome, que atormentado
tuvisteis el corazón,
en aquella perdición
del Hijo hasta ser hallado.
¡Oh, con que pena y cuidado
a tal Hijo, que perdía,
tal Madre le buscaría!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

IV

Duélome, que al ver en tierra
con la Cruz a vuestro hijo,
fuiste a ayudarle, y colijo
que aquella canalla perra
os lo impidió. ¡Oh, que guerra
tan sangrienta en vos haría
tal crueldad y grosería!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

V

Duélome, que envuelta en llanto
al pie de la Cruz que allí visteis
ejecutar sin quebranto
contra el Santo, Santo, Santo.
¡Oh, cuanta angustia sería
la que allí os afligiría!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

VI

Duélome, que en vuestros brazos,
al que vivo nos le disteis,
por mi culpa le tuvisteis
herido y muerto. ¡Oh, qué abrazos,
del tierno amor fuertes lazos,
viuda triste y madre pía,
vuestro pecho le daría!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

VII

Duélome, que, ¡oh, virgen pura!,
al que todo lo ha creado
le dejasteis sepultado
en prestada sepultura.

¡Oh, que tremenda amargura
vuestro pecho sentía,
cuando sin él se vería!
Recibid mi sentimiento,
pues en fe de lo que siento
os rezo el Ave María.

SALVE DE NUESTRA SEÑORA *

Salve, virgen pura,
dolorosa madre;
salve, virgen bella,
reina virgen, salve.

Vuestro amparo buscan,
angustiada madre,
hoy los desterrados
en aqueste valle.

Pecadores somos
de quien eres madre,
hoy por tus dolores
no nos desampares.

¡Oh, madre aflijida,
a quien te rezare
en vida y en muerte
no le desampares!

Tu dulce Jesús,
que es fruto admirable,

* El manuscrito, de puño y letra de San Alberto, se halla adherido al folleto mencionado en la nota anterior.

por nuestros dolores
muéstranos afable.

Tus siete dolores
son tan admirables
que sirven de alivio
para los mortales.

Ahora os suplicamos,
soberana madre,
que por tus dolores
no nos desampares.

¡Oh, clemente! ¡oh, pía!
¡oh, angustiada madre!
¡oh, madre aflijida,
salve, salve, salve!

MANUEL JOSÉ DE LABARDÉN *

NOTICIA. — Nació en Buenos Aires el año 1754 y estudió leyes en Chuquisaca, de donde regresó doctorado alrededor de 1778. Desde muy joven descolló en los circulillos intelectuales de la aldea que entonces era la ciudad. Favorecieron su éxito, además de sus dotes naturales, las influencias de su familia. Por otra parte su condición doctoral le aseguró un lugar preeminente en aquella rudimentaria sociedad de mercaderes. Sus composiciones poéticas merecieron el aplauso unánime de la gente culta y el prestigio que ellas le dieron, convirtiéronle en el jefe del movimiento literario del Río de la Plata. En torno suyo se agruparon los hombres de más luces y de más sensato juicio, a la par de los jóvenes que sentían arder dentro de sí el fuego sagrado. Sobre estos últimos influyó en forma decisiva al ponerles en contacto con las ideas enciclopedistas, que comenzaban a desparramarse por la América española, y al difundir, convenientemente aderezadas, las doctrinas de Condillac. En su círculo se preparó el ambiente que iba a favorecer la implantación de numerosos adelantos, entre ellos la publicación del primer periódico porteño, que fué el *Telégrafo Mercantil*. En el número inicial dió a conocer su famosa *Oda al Paraná* (1801),

---

* En torno a la ortografía del apellido Labardén existe, entre los que se ocupan de esas minucias, la discusión acerca de si se escribe con *b* o con *v*. Mariano G. Bosch da por verdadera la segunda forma, pero como al respecto todavía no hay nada definitivo, nos inclinamos por la forma más usada.

que tuvo la virtud de promover honda inquietud entre los poetas, que a su vez le dedicaron nuevas odas en elogio de la suya. Su producción fué extensa y variada, abarcando desde el poema en tono mayor hasta la sátira y la letrilla. Pero, indudablemente, su obra de más fuste fué *Siripo*, un drama en verso del cual durante mucho tiempo se le atribuyó la paternidad de un segundo acto que, posteriormente, se estableció era una obra homónima. Su tema constituíalo la leyenda de Lucía Miranda y se estrenó en la Casa de Comedias el año 1789. El éxito obtenido le alentó a escribir otras piezas teatrales, pero no se tienen noticias de que las haya concluído. Su figura es la más descollante del panorama del virreinato, y si la muerte no le hubiese sorprendido en alta mar antes de mayo de 1810, tal vez habría sido nuestro primer poeta de la revolución. Pero si no alcanzó a serlo, no por eso dejó de tener su parte en la lírica insurgente que floreció con la emancipación ya que los poetas de la generación de Vicente López y Esteban de Luca recibieron de él su impulso.

BIBLIOGRAFÍA. — JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al Siglo XIX*, Buenos Aires, 1865; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. IV, pág. CXIV, Madrid, 1895; ARTURO REYNAL O'CONNOR: *Los poetas argentinos*, pág. 137, Buenos Aires, 1904; JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. II, pág. IX, Buenos Aires, 1910; RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. II, pág. 701, Buenos Aires, 1925, y MARIANO G. BOSCH: *Luis Ambrosio Morante ante el problema del "Siripo" apócrifo tenido por de Labardén*, en el Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. III, pág. 123, Buenos Aires, 1935.

AL PARANÁ*

Augusto Paraná, sagrado río,
primogénito ilustre del oceano,
que en carro de nácar refulgente,
tirado de caimanes, recamados
de verde y oro, vas de clima en clima,
de región en región, vertiendo franco,
suave frescor y pródiga abundancia,
tan grato al portugués como al hispano:
si el aspecto sañudo de Mavorte,
si de Albión los insultos temerarios
asombrando tu cándido carácter,
retroceder te hicieron, asustado
a la gruta distante, que decoran
perlas nevadas, ígneos topacios,
y en que tienes volcada la urna de oro,
de ondas de plata siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
contigo temerosas profugaron
y el peine de carey allí escondieron
con que pulsan y sacan sones blandos
en liras de cristal, de cuerdas de oro,

* Publicada por el Telégrafo Mercantil, en el número 1, pág. 4, del miércoles 1º de abril de 1801.

que os envidian las Dëas del Parnaso:
Desciende ya dejando la corona
de juncos retorcidos, y dejando
la banda de silvestre camalote,
pues que ya el ardimiento provocado
del heroico español, cambiando el oro
por el bronce marcial, te allana el paso,
y para el arduo, intrépido combate,
Carlos presta el valor, Jove los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios
y coronen la popa de tu carro;
las ninfas te acompañen adornadas
de guirnaldas, de aromas y amaranto,
y altos himnos entonen, con que avisen
tu tránsito a los Dioses tributarios.
El Paraguay, el Uruguay, lo sepan,
y se apresuren próvidos y urbanos
a salirte al camino, y a porfía,
te paren en distancia los caballos
que del mar Patagónico trajeron;
los que ya zambullendo, ya nadando,
ostentan su vigor, que mientras llegan
lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con magestad, reconociendo
de tus playas los bosques y los antros.
Extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
dando socorro a sedientos campos,
den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que tu excelsa mano
deudor no se confiese. Tú las sales

derrites y tú elevas los extractos
de fecundos aceites; tú introduces
el humor nutritivo, y suavizando
el árido terrón, haces que admita,
de calor y humedad, fermentos caros.
Ceres de confesar no se desdeña,
que a tu grandeza debe sus ornatos.
No el ronco caracol, la cornucopia,
sirviendo de clarín, venga anunciando
tu llegada feliz. Acá tus hijos,
hijos en que te gozas, y que a cargo
pusiste de unos genios tutelares
que por divisa la bondad tomaron,
céfiros halagüeños por honrarte,
bullen y te preparan sin descanso
perfumados altares, en que brilla
la industria popular, triunfales arcos,
en que las artes liberales lucen
y enjambre vistosísimo de naos,
de incorruptible leño, que es don tuyo,
con banderolas de colores varios
aguardándote está. Tú con la pala
de plata, las arenas dispersando,
su curso facilitas. La gran corte
en grande gala espera. Ya los sabios
de tu dichoso arribo se prometen
muchos conocimientos más exactos
de la admirable historia de tus reinos,
y los laureados jóvenes, con cantos
dulcísonos de pura poesía,

que tus melifluas ninfas enseñaron,
aspiran a grabar tu excelso nombre
para siempre, del Pindo en los peñascos,
donde de hoy más se cantan tus virtudes,
y no las iras del furioso Janto.
Ven sacro río, para dar impulso
al inspirado ardor; bajo tu amparo
corran, como tus aguas, nuestros versos.
No quedarás sin premio (¡premio santo!).
Llevarás guarnecidos de diamantes,
y de rojos rubíes, dos retratos,
dos rostros divinales, que conmueven:
uno de Luisa es, otro de Carlos.
Ves ahí, que tan magnífico ornamento
transformará en un templo tu palacio;
ves ahí para las ninfas argentinas,
y su dulce cantar, asuntos gratos.

S Á T I R A *

Yo no nací poeta, ni presumo
que con las hojarascas del Parnaso
en torno de mi féretro hagan humo.

No creo, que he probado por acaso
las virtudes del agua que concibo
que sabe a la pezuña del Pegaso.

Mas cuando los agravios apercibo,
que se hacen a mi patria, me preparo
excusa racional en el motivo.

Ni que yo espere aplauso será raro
cuando escucho aplaudir por las tabernas
de Codros trasandinos el descaro.

Oh tú, que dignamente nos gobiernas,
culto censor de nuestra policía,
si el celo alguna vez con ocio alternas

---

* Esta sátira, cuyo manuscrito se halla entre los papeles de Juan María Gutiérrez, en la Biblioteca del Congreso Nacional, fué escrita por Labardén en ocasión del tumulto que suscitaron unos sonetos del Padre Maziel.

y llega por acaso la voz mía
a distraer tus graves atenciones,
ensaya tu nativa bizarría.

Yo te pido, señor, que me perdones
si me atrevo a ocupar en tu defensa,
del rústico laud indignos sones.

Sabe la causa, sabe que tu ofensa
se mezcla de mi patria con la injuria
por alguno que apoca tu despensa,

y que entre la carnívora centuria
que evita de su gula los desmayos
disfrazada en obsequio la penuria,

al reclamo hospital de tus lacayos
no sólo buitres, como yo creía,
sino también acuden papagayos.

Tú no ignoras, señor, que el otro día
entre sabios y necios comensales
que corteja y tolera tu hidalguía,

algunos de Helicón seudofiscales
al par de los relieves de tu mesa
mondaron dos sonetos garrafales,

parto inmaturo que abortó la priesa
de quien, por otra parte, no se olvida
que no es la de un soneto poca empresa.

Algún docto con frase comedida
mostrará de aquella obra los defectos
sin exceder la crítica debida.

Dirá los consonantes incorrectos,
de algunos pensamientos la lindeza
y los que tal vez haya mal electos.

Acaso notará la ligereza
al que a las fuerzas de la ciencia fía
lo que no concedió naturaleza,

y dirá cuando más sin burlería,
con tímidas razones, aunque bellas,
que no se adquiere el don de la poesía,

y que nuestro doctor sigue las huellas
del Demóstenes Italo, que imita,
cuya prosa se sube a las estrellas;

pero que su renombre debilita
el argentino Cicerón cuando hace
alarde de una musa hermafrodita.

Porque, ello es cierto, que: el poeta nace,
y el que no lo sacó del menudillo
en vano la mollera se deshace.

Por esto hay de Pomponios baratillo,
de galenos el número de grima,
y teologazos andan a porrillo;

más de poetas de cabal estima
mucho será se cuenten dos docenas
como no se numeren los de Lima.

Allí sí que, fecundas las Camenas,
alumbran partos mil cada semana,
por quitar allá ese par de berenjenas;

pues cualquier mulatillo palangana
con décimas sin número remite
a su padre el marqués una banana;

y como el vulgo bárbaro repite
sus glosas por la calle, se persuade
que con Quevedo y Góngora compite.

Por acá es al revés: para que agrade
el juguete más digno de Talía
es preciso que Febo le traslade.

El pueblo que de libre se gloría
produce nobles almas, que a ninguno
quisieron conceder la primacía.

No es este vulgo vil de color bruno
que a cualquiera sandez de un viracocha
aunque de todas letras esté ayuno,

le parece de almíbal y melcocha
y a ensanzarla por juro de conquista
los beodos gaznates desabrocha.

O dígalo del pobre romancista
la musa que con cuatro pelotones
el nido de las águilas atrista.

Oiga el escarabajo los blasones
con que distingue sus hediondas trovas
un pueblo que por fin gasta calzones.

¡Oh, musa que sacudes las alcobas
de la casa de locos de mi testa,
cuidado como agora te me abobas!

Cuéntame de cada uno la respuesta,
pues ya que te arrufaldas de divina,
debes haberte hallado en esta fiesta.

Mi triste chimenea deshollina,
y si esta diligencia no es bastante,
sópame una febea melecina.

Las décimas volaron, y al instante
resonaron inmensas carcajadas,
riendo tras los doctos el pedante.

Ocurrieron lectores a manadas,
como en noche de viernes cercar suelen
la que en la esquina fríe las pescadas.

Uno dijo al oírlas: "Cómo huelen
las coplas a carnero de la tierra;
si no son peruleras que me enmielen".

"Mal año para el hijo de la perra,
(un campestre añadió dando un corcobo)
¡y faltan conchavados en la hierra!"

Dijo un escolarcillo que no es bobo:
"De Lobo la mitad tiene el poeta,
mas con la otra mitad no será Lobo".

Un gallego, también de cuchufleta,
sin acabar se fué refunfuñando:
"Para jaita nun es la chanzuneta".

Un guarda, sus encaros preparando
gritó: "Favor al rey; el papel venga
que este género es de contrabando".

Se lo lleva si no hay quien le contenga,
y fué no sé qué quidam de peluca,
que después de toser hizo esta arenga:

"Señores, esta cosa me trabuca;
leamos el papel con más cuidado
porque se me ha fijado acá en la nuca.

No es poeta el autor por de contado;
convéncelo el asunto que critica
como a las musas poco acomodado.

La diestra vena todo lo amplifica,
y sobre los arrullos de una gata
versos y pensamientos multiplica.

Aqueste mismo caso que se trata,
¡cómo lo revelara si quisiera
algún numen del Río de la Plata!

Pues no es la de éste tal musa ratera
que, sin criterio ni sin justo tino,
las dulces espinelas adultera,

acomodando el metro granadino
a la punzante sátira buida,
más propia del itálico asesino.

Y lo que peor es, descomedida
la grosera sentencia de estos versos,
que de un candil ardieron por torcida,

en conceptos vulgares y perversos,
con vapores pestíferos empaña
el honor de cristales más que tersos;

pues cuando lanza su indigesta saña
contra pueblo que alguno juzgaría
grato solar de la civil España,

zahiere con soez chocarrería
el mérito de aquel que tiene a cargo
velar sobre la urbana policía".

Mil cosas dijo el criticón amargo,
que yo quiero dejar en el tintero
porque apuntarlas fuera cuento largo.

Sólo le vi poner pajizo y fiero
cuando volvió a leer la bella frase,
(pueblo incivil) que ingiere el majadero.

Temí que de furor se desmayase,
o que, según los dientes apretaba,
sin la mitad de un labio se quedase.

Y temblando el concurso preguntaba:
"¿Quién será el poetillo mendigante?",
y tamaños ojazos rodëaba.

Hallábase junto a él un estudiante
y respondió de pronto: "Yo me abismo
que aun estéis del autor tan ignorante:

Hartas muestras nos da su estilo mismo,
la mestiza dicción poco sonora,
pues el "*donde un enfermo*" es cholinismo.

Las leyes que citando deshonora,
el odio a nuestra patria, todo ostenta
el tal duque de Nájera do mora.

"¡Ah!, dijo el pelucón, caigo en la cuenta,
yo no sé el poetastro en qué se funda,
quíteme ese papel que me revienta".

A trabarse volvió la barahunda;
el guarda le pedía por su fuero
y mostraba una cara furibunda.

Queríale a revueltas un pulpero
para envolver ají (no sin justicia)
y un boticario entraba de tercero.

Métese por los cascos la codicia,
ármase una tremenda safacoca,
uno vota, otro llama a la justicia;

Mas viendo disputar una bicoca
y andar muy cerca ya las puñaladas,
un soldado les puso punto en boca.

Y enviado de vanguardia dos puñadas
y mostrando en reserva un gran guijarro,
llegó Cortez y dijo: "Camaradas,
yo tomo este papel para un cigarro".

JOSÉ PREGO DE OLIVER

NOTICIA. — Nacido en España, en fecha que aun no ha sido determinada, pasó gran parte de su vida en Montevideo, donde desempeñó hasta 1810 el cargo de Administrador de Aduana. Posteriormente vivió en Buenos Aires. Fué, sin duda alguna, uno de los personajes más cultos de la sociedad colonial y uno de los poetas más inspirados de su tiempo. Correspóndele con justicia, a la par de Labardén, la más alta jerarquía literaria de su tiempo, y, si bien sus méritos fueron reconocidos y su obra estimada, la figura magistral del cantor del Paraná le proyectó sombra y le relegó a un plano más modesto. De cualquier manera su posición fué envidiable y acaudilló el movimiento poético en la Banda Oriental, tal como lo hizo Labardén entre nosotros. Colaborador de todas las empresas periodísticas de entonces, su pluma fué una de las más brillantes y asiduas. Su verso, seudoclásico, grandilocuente y no exento de majestad, logró su más elevada expresión con las invasiones inglesas, espolón que estimuló el estro de numerosos vates. La oda que dedicó a Liniers indujo a que se le comparase con Herrera. La influencia que ejerció dejóse sentir en el acento varonil y sobrio de algunos poetas

de la revolución. El lugar y la ocasión de su muerte, se ignoran.

BIBLIOGRAFÍA. — Marcelino Menéndez y Pelayo: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. IV, pág. CXVII, Madrid, 1895, y Juan de la Cruz Puig: *Antología de poetas argentinos*, t. I, pág. XXIV, Buenos Aires, 1910.

AL SR. DON SANTIAGO LINIERS *

ODA

¡Gloria inmortal al héroe que al Britano
lanzó del patrio suelo!
Bajo la augusta bóveda del cielo
no resonó, Señor, tu nombre en vano:
tu militar denuedo
dió al hispano salud, al anglo miedo.

Coged vírgenes flores, cortad palmas,
y tejed la corona
que orle la sien al que con su tizona
logró dar expansión a vuestras almas:
cantad himnos en coro
al tutelar del virginal decoro.

Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
que ya lleno de gloria
se acerca el capitán, y la victoria
imprime el pie donde su planta posa:
Marte le dió la lanza,
virtud el cielo, la virtud templanza.

---

* Original manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, entre los papeles de Segurola.

¡Cual anda el pueblo lleno de heroísmo!
El pueblo cuyos brazos
al enemigo hicieron pedazos;
el pueblo y tropas, al Averno mismo
llevarán el estrago
si el caudillo al Averno hace el amago.

¡Son las naos de Albión, ay, cuan veleras
abordaron las playas
y como al bosque umbrío densas hayas
cubrieron sus falanges las riberas,
amenazando al cielo
y provocando con furor al duelo!

Entran en la ciudad y el alarido,
y el clarín ominoso,
y el rechinar del carro poderoso
do el horrendo cañón el conducido,
la confusión acrecen
y el un polo y el otro se estremecen.

La lid, la lid, Belona sanguinosa
los ánimos enciende,
el plomo salvador el aire hiende
cual lluvia de granizo tempestuosa,
la muerte sin sosiego
discurre envuelta en polvo, en humo, en fuego.

La legión anglicana que orgullosa
el laurel se promete

pugna feroz, intrépida acomete
y al pueblo todo sanguinaria acosa:
donde la planta imprime,
los troncos lloran y la tierra gime.

Los hijos de la patria belicosos
y el ibero aguerrido
morir escogen por mejor partido,
oponiendo sus pechos generosos
al enemigo duro,
que vale cada pecho por un mudo.

Aquí donde la guerra se abalanza
y al enemigo hostiga;
aquí el furor, la sed y la fatiga;
aquí la atroz y bárbara matanza;
aquí do la refriega
recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega.

Deshechas, destrozadas las hileras,
las que eran fasces antes
son ya troncos y miembros palpitantes
que cubren calles, ocupando aceras:
¡eterno monumento
de gloria a nos, al anglo de escarmiento!

¡Oh, dicha y gran prez nuestra!
El isleño severo,
tan feroz y orgulloso de primero,
humillado y vencido ya se muestra:

el que con sus legiones
leyes dictó, recibe condiciones.

¡Sagradas sombras que en la huesa estando
de Sagunto y Numancia
servisteis de modelo a la constancia
de vuestros compatriotas; si mirando
la batalla estuvisteis,
visteis que son lo que vosotros fuisteis!

La América en sí vuelve: joyas torna
a su nevado cuello;
en trenzas repartió el suelto cabello
y el ropaje con oro y flores orna;
dase a los regocijos
y abre los brazos a sus dignos hijos.

La vocinglera fama con presteza
al cielo se levanta,
las auras corta con ligera planta,
llega a Madrid y cuéntale a Su Alteza
en tono humilde y blando
el hecho de las armas de su mando.

DEFINICIÓN DEL CURRUTACO *

Arnesto mira, mira al *currutaco*
que gastó la mañana en el afeite,
cuan pomposo que sale de su casa
y con cuanto desdén mira a la gente.

Mírale cuan erguido entra en el corro
y apenas el fruncido labio mueve,
y el sombrero que lleva cual diadema
ni solo un dedo alzó de su copete.

El ancho corbatín su barba esconde,
y el pelo que desciende por la frente
unido a la patilla crespa y densa,
no más que la nariz deja al ambiente.

Hoy ya no trae del siniestro lado,
como hace poco, el espadín pendiente.
¡Arnesto, Arnesto, desaparecieron
nuestras costumbres cual la niebla leve!

Un largo alfanje de hoja retorcida
con anchas chapas de metal luciente

* Composición publicada por el Telégrafo Mercantil, número 29, pág. 223, del tomo III.

su diestra ocupa, y con semblante fiero
¡cómo lo blande! ¡cuál el aire hiende!

Si le dices que derrotó Darío
al Macedón con sus terribles huestes,
que a Troya fundó Rómulo, y que Roma
su nacimiento a Diocleciano debe,

todo lo creerá, por más que añadas
que Witiza dechado fué de reyes,
que las naves cargadas de oro y plata
zarpan de Cuzco y entran en Orense,
y que en Farsalia, Marte por su mano
orló a Pompeyo de laurel las sienes.

Que son juegos olímpicos no sabe;
mas sabe en cambio los del *sacamete*,
de la *banca*, el *parar*, y otros de envite
que no los ha aprendido impunemente,
pues le cuestan más riesgos y vigilias
que de Pérgamo el sitio a Diomedes.
¡Pero, que no! Arnesto, ¿te irritaste?
Quítame de mi vista al *currutaco*,
o de mi mano arranca los pinceles.

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ DE AGÜERO Y ECHAVE

NOTICIA. — Nació en España, donde se graduó de bachiller en letras y de licenciado en teología. Durante algún tiempo desempeñó un cargo de capellán en la Real Armada y luego pasó al Río de la Plata. En estas tierras desempeñó con singular brillo la cátedra, en el Colegio de San Carlos a partir de 1805 y en la Universidad a partir de 1822. Partidario de la emancipación americana, fué uno de sus principales teóricos, y en el aula impartió enseñanzas de profundo contenido revolucionario. Bajo su égida se formaron numerosos jóvenes argentinos que habrían de honrar al país con sus talentos. Al caer Rivadavia y asumir el poder la facción adversa, fué obligado a dimitir como profesor por considerar el nuevo gobierno peligrosas sus doctrinas. En 1797 publicó un folleto con varias composiciones poéticas, entre las que aparecía un soneto que es, quizá, uno de los mejores poemas escritos en la época colonial. La producción de Fernández que se conoce es escasa y, exceptuando el soneto de referencia, su valor raras veces supera los límites de lo mediocre.

BIBLIOGRAFÍA. — Juan de la Cruz Puig: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. I, pág. XIX, Buenos Aires, 1910.

S O N E T O *

Detén el paso, ¡oh, peregrino!, y mira
lleno de pasmo, horror y sentimiento,
el suntuoso sepulcro y monumento
cuya inscripción un tierno llanto inspira.

Aquí Melo reposa y no respira.
Su grandeza y poder, que fué un portento,
rendida, aniquilada, en un momento,
a impulso de la Parca ya se admira.

Cuando gozaba de un imperio quieto
su vida terminó. ¡Qué desconsuelo,
dejando a la memoria un triste objeto!

¡Mas no murió, que con heroico vuelo,
sin eludir el general decreto,
pasó a fijar su imperio allá en el cielo!

---

* Transcripto de *La imprenta en Buenos Aires*, por José Toribio Medina, pág. 110, Ed. de los Anales del Museo de La Plata, 1892.

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

NOTICIA. — Se sabe que nació en Buenos Aires, pero en cambio se ignora todo cuanto se refiere a su vida y actividades. De ahí que la única fuente de información que acerca de su personalidad existe, sea su obra misma. A través de ella se deduce que debió ser un hombre muy culto, de espíritu brillante y pensamiento sólido, que contribuyó a preparar el terreno para la emancipación y que, agudo clarividente, presintió y señaló con notable anticipación los males que aquejarían nuestra imperfecta vida institucional. Colaboró en el *Telégrafo Mercantil*, unas veces anónimamente y otras firmando con sus iniciales. En las páginas de dicho periódico publicó sus fábulas, que constituyen la parte más valiosa de su producción poética. El mayor mérito literario que le asiste es, precisamente, el haber sido el primero en cultivar entre nosotros el difícil género en que descollaron Samaniego e Iriarte, y por cierto que lo hizo con ingenio y gracia. Además escribió numerosas letrillas, glosas satíricas, sonetos (entre ellos el que dedicó al censor de Buenos Aires y que alcanzó gran notoriedad) y otras especies poéticas menores, que se caracterizan todas por el fondo crítico que encierran y por la lección de moral o de política

que de ellas supo hábilmente hacer desprenderse. Fué un autor muy fecundo, a juzgar por la cantidad de composiciones suyas que se conservan, inéditas la mayor parte, en diferentes bibliotecas y museos.

BIBLIOGRAFÍA. — Juan de la Cruz Puig: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. I, pág. XLVI, Buenos Aires, 1910.

F Á B U L A S

EL MONO ENFERMO *

Cuentan que en Tetuán le sobrevino
una noche a las 12, a un mono herrero,
por boca y narices,
un vómito de sangre repentino,
tan fuerte, que dos monos aprendices
salieron en camisa y sin sombrero
por médico volando,
quedándose con él, en la herrería,
una mona aguardando
el término fatal de su agonía.
Los dos monos hicieron
muy bien la diligencia, pero fueron
sus pasos excusados
porque estaban los físicos resfriados.
El doctor Pierna-tuerta (alias Tenaza),
dijo: *Vayan al médico de casa;*
y diciéndole que era un accidente,
replicó: vayan, vayan brevemente.

* Publicada por el Telégrafo Mercantil, número 14 del tomo II, del 16 de setiembre de 1801.

El sabio licenciado Boca-abierta
tenía dada orden que *la puerta*
no abrieran de su casa, aunque pedazos
la hicieran, por llamarle, *a aldabonazos;*
y el bachiller nombrado Pelos-rubios
dijo que había tomado pediluvios;
de tal manera que, al venir la aurora,
llegando a la herrería los monitos
a darle la respuesta a su señora,
la encontraron furiosa, dando gritos,
porque el enfermo ya en sueño profundo
se había ido a curar al otro mundo.
¡Quién, señores, creyera
que entre los monos médicos se viera
tan poca caridad y amor tan poco!
Cualquiera lo creerá, sin estar loco,
porque no es menester, (yo lo confieso),
ir a Tetuán para ver eso.

EL COMERCIANTE Y LA COTORRA *

Un gran comerciante
que por su desgracia
perdió sus haberes
sin culpa ni causa,

---

* Publicada por el Telégrafo Mercantil, número 19, pág. 133 del tomo II, 11 de octubre de 1801.

recostado al margen
del Río de la Plata
solitario y triste,
así se quejaba:
¿No soy yo aquel hombre
a quien veneraban
las gentes, viniendo
a verme a mi casa?
¿Pues cómo no tengo
hoy en mis amargas
penas quien las temple
ni ayude a llevarlas?
Entre mis angustias
la que más me acaba
es ver que un amigo
a quien yo estimaba
tanto, que las gentes
al vernos clamaban
que éramos dos cuerpos
en tan sóla un alma,
también me ha olvidado,
mirándome en tanta
multitud de azares
como me acompañan.
¡Ah, cruel, ingrato,
más dolor me causa
tu ausencia que toda
la pérdida infausta
de mis intereses!

En esta batalla
estaba el buen hombre,
cuando hete que le habla
una cotorrita
desde la alta rama
de un ombú frondoso
con estas palabras:
¡Qué es lo que pronuncias!
Ese que tú tratas
de ingrato y cruel
amigo le llamas,
fué sólo tu sombra.
Si acaso mañana
volviese a salir
allí en tu morada
el sol, lo tendrás
al lado sin falta;
pero mientras dure
el nublado en casa,
no pienses que vuelva
a verte la cara.
De esta suerte habló
y, abriendo las alas,
remontó su vuelo
dejando parada
la atención del triste
por mansión muy larga
al oír de su pico
sentencia tan alta.

Yo, señores míos,
no les diré nada
a tales personas,
pues sin son ingratas
para reprenderlas
las cotorras bastan.

AL CENSOR DE BUENOS AIRES *

Señor censor, mi amigo, usted no sabe
en el berenjenal que se ha metido;
si nos lava la cara, es mal querido
de todo pensador discreto y grave.

Si escribe la verdad, en cuanto cabe,
es de todo pedante aborrecido;
conque así, opino, que el mejor partido
es meterse en su casa bajo llave.

Y aunque digan algunos rodavallos
que es usted algo escaso de meollos,
no desperdicie el tiempo en impugnallos

porque todos sabemos que hay criollos
que se ponen a hacer papel de gallos
sin que puedan hacer papel de pollos.

---

* De los papeles de Juan María Gutiérrez, existentes en la Biblioteca del Congreso Nacional.

G L O S A *

Respóndeme, aunque te pese
el tener que responder:
Siendo el pueblo soberano,
¿a quien le toca obedecer?

1ª

Confieso, Armindo, que no hallo
ley por donde el patriotismo
hacer pueda a un tiempo mismo
al pueblo rey y vasallo.
Contempla si es justo el fallo
que la respuesta te ofrece,
y si acaso no merece
que la apruebe tu sentir,
a quien deberás servir
dime, Armindo, aunque te pese.

2ª

Siempre que la autoridad
a manos del pueblo viene
manda el que más fuerza tiene
a su arbitrio y voluntad.

* De los papeles de Juan María Gutiérrez, existentes en la Biblioteca del Congreso Nacional.

La prueba de esta verdad
la dió del general Soler,
y ya que no es menester
dar otro convencimiento,
no diré más porque siento
el tener que responder.

3ª

Nunca habrá gobierno estable,
la desunión será eterna,
porque si el pueblo gobierna
es la lucha interminable.
Todos tenemos palpable
la consecuencia en la mano,
pues vemos que un ciudadano
puede, sin ley ni razón,
aspirar a ser mandón
siendo el pueblo soberano.

4ª

Es cosa muy singular
que, siendo argentinos todos,
litiguemos de mil modos
a quien toque gobernar.
Si no dudas confesar
que en tu juicio y entender
está el supremo poder
en el pueblo constituido,
pregúntale a tu partido
a quien toca obedecer.

PANTALEÓN RIVAROLA

NOTICIA. — Nació en Buenos Aires el 27 de julio de 1754. Se graduó en humanidades en su ciudad natal, y en la Universidad de San Felipe, Chile, se doctoró a la edad de veinte años en ambos derechos — romano y canónico —. En 1779 pasó a desempeñar una cátedra en el Colegio de San Carlos y más tarde fué capellán de un regimiento de la plaza. Se reveló poeta a raíz de las invasiones inglesas, de las cuales merece ser considerado el cantor por excelencia. Muy celebrados, tanto aquí como en España, fueron sus largos poemas titulados *Romance heroico* y *La gloriosa defensa*, en los cuales, con tono brioso y ferviente patriotismo, hace la crónica de esos días en que, al repeler a los agresores, el pueblo criollo adquirió la noción de su valer y su destino. El mérito de su obra reside más en el contenido histórico que en la calidad literaria. Rivarola apoyó con ardor la causa de la emancipación y llegó a desempeñar modestas funciones de gobierno. Murió el 24 de setiembre de 1821.

BIBLIOGRAFÍA.—Juan María Gutiérrez: *Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América española*, en la Revista del Río de la Plata, t. V, pág.

155, Buenos Aires, 1873; ARTURO REYNAL O'CONNOR: *Los poetas argentinos*, Buenos Aires, 1904; JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. I, pág. XXXVII, Buenos Aires, 1910, y RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. I, pág. 539 y t. II, pág. 832, Buenos Aires, 1925.

O C T A V A S *

Venid pueblos, oíd atentamente
lo que nos ha asombrado y aturdido,
lo que de todo racional viviente
apenas hoy pudiera ser creído.
Pero como el gran Dios omnipotente
de aquesta maravilla autor ha sido,
desaparece todo lo imposible
y cuanto acá en lo humano era increíble.

Y tú, pueblo argentino, que afligido
con disgustos, zozobras y tormento,
ese terco britano te ha tenido
sin dejarte reposo ni contento,
olvida ya el quebranto que has sufrido
en tan duro y cruel padecimiento
al ver el resultado de aquel día
que al Perú ha llenado de alegría.

Los duros anglos otra vez vinieron,
y sus grandes columnas acercando,
hacia la capital se dirigieron,

* Publicada en folleto de 8 páginas; impreso número 3881 de la Biblioteca Nacional.

fuego, estragos y muerte fulminando.
En el cinco de julio acometieron
la ciudad, por mil partes atacando;
pero el pueblo real, fuerte y constante,
al britano derrota en un instante.

Cual tigres de la Hircania enfurecidos,
nuestros bravos guerreros peleaban,
por calles y azoteas repartidos
con los fieros britanos que avanzaban.
Así, por todas partes perseguidos,
en las casas y patios se emboscaban;
y acosados del fuego y los aceros,
los britanos se entregaban prisioneros.

El hórrido semblante de la muerte
a los tristes britanos perseguía;
su guadaña los hiere de tal suerte
que las calles volvió carnicería.
Tal fué el ardor de aqueste pueblo fuerte
resistiendo a los anglos aquel día;
Whitelock capitula, y diligente
se embarca con los restos de su gente.

Valerosas legiones, ya vencisteis
de esas tropas britanas la osadía
cuando el cinco de julio resististeis
con firmeza, denuedo y valentía.
La patria y religión que defendisteis
harán siempre recuerdo de aquel día,

y el anglo, destrozado y aturdido,
llorará eternamente haber venido.

¿Y quién, sino el Dios omnipotente,
librarnos pudo en lance tan temible,
en peligro tan grande e inminente,
cercados de una hueste tan terrible?
Sí; el señor nos libró, pío y clemente,
dándoos una victoria tan plausible;
y ha salvado a su pueblo en este día,
a este su pueblo fiel que en él confía.

Así la patria se transporta en gozo,
el continente llora de alegría,
y el Soberano oirá con alborozo
todo lo que su pueblo obró este día.
La santa religión que un gran destrozo
en los fieles y altares se temía,
rebosa ya en placer, en gozo tanto,
y practica tranquila el culto santo.

Así, gran Dios, a ti se dé la gloria,
pues a tu amado pueblo, que afligido
te imploraba, le diste la victoria,
quedando el anglo absorto y abatido.
De tanto beneficio la memoria
será eterna en tu pueblo agradecido,
y a ti acudiendo en sus necesidades
hallarás siempre prontas tus piedades.

Y vosotros, ¡oh, víctimas leales!,
muriendo por tal causa conseguisteis
una gloria inmortal en los anuales
sacrificios al Dios por quien moristeis
y al rendirle sus glorias y loores,
jamás olvidará sus defensores.

Y vosotros también, ¡oh, valerosos
guerreros de la patria, que aun con vida
os halleis al presente, muy gozosos
al ver ya la victoria conseguida!,
esforzad esos pechos animosos
a favor de la patria defendida,
la que el Señor por tanto beneficio
alaba y pide os mire muy propicio.

CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ

NOTICIA. — Nació el año 1761 en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Abrazó la carrera religiosa y en 1778, adolescente aun, recibió las órdenes sacerdotales. Su inteligencia nada común y su afición al estudio le llevaron a desempeñar en la Universidad de Córdoba, cuando apenas contaba veinte años de edad, las cátedras de filosofía y teología. Allí conoció a numerosos jóvenes, de los que primero fué profesor y luego amigo, que habrían de tener memorable participación en los acontecimientos revolucionarios. Patriota ferviente, fué uno de los más exaltados cantores de la gesta de mayo. A su inspiración se deben multitud de poemas que, junto con los de Esteban de Luca, son los mejores de ese florecer lírico que tuvo por clima la libertad reciente. Pero, a pesar de su patriotismo, lo más estimable de su obra poética lo constituyen los sonetos, madrigales y composiciones de tono menor sobre temas de circunstancia, y, especialmente, sus poesías epigramáticas. Murió el 23 de enero de 1823, después de una fecunda existencia dedicada al sacerdocio, la enseñanza y la causa patriótica.

BIBLIOGRAFÍA.—Juan María Gutiérrez: *Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América española*, en la Revista del Río de la Plata, t. V, pág.

312, Buenos Aires, 1873; ARTURO REYNAL O'CONNOR: *Los poetas argentinos*, pág. 281, Buenos Aires, 1904; JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. III, pág. IX, Buenos Aires, 1910; RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. II, pág. 909, Buenos Aires, 1910, y NATALIO ABEL VADELL: *Estudio histórico crítico de la literatura argentina.*

S O N E T O *

¡Veinte y cinco feliz! Hoy tu victoria
derrocó la soberbia de un tirano,
y levantó con triunfo soberano
a nuestra patria al colmo de la gloria.

La época empezaste de una historia
en que pudo el humilde americano
desatar la cadena de su mano
llenando de grandeza su memoria.

¡Oh, día grande, heróico y memorable!
¡Oh, día de virtud! ¡qué regocijo
al oír tan sólo tu renombre amable

de la América siente el ínclito hijo!
Tú mereces loores cuanto es dable,
pues que el Dios de la patria te bendijo.

* Publicado por primera vez, sin firma, en *La lira argentina*, pág. 30.

EL ANZUELO*

A las orillas del mar
vi a Lice pescando un día,
sin que ayudarla a pescar
pudiera la suerte mía.
Yo, por cierto dudaría,
según mis inclinaciones,
si en las dulces variaciones
conque el anzuelo arrojaba,
acaso peces pescaba
o pescaba corazones.

---

* De un tomito manuscrito de composiciones recopiladas por Juan María Gutiérrez y titulado *Algunas poesías del R. P. Fray Cayetano J. Rodríguez,* existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES

NOTICIA. — Nació en Buenos Aires el 3 de mayo de 1785. Su larga existencia estuvo consagrada al servicio del país desde las más dispares funciones, tales como capitán de Patricios durante las invasiones inglesas y gobernador de la provincia de Buenos Aires después de Caseros. Su mejor título para la gloria lo constituye el haber escrito las estrofas del *Himno Nacional*. Su producción poética no fué extensa y se caracteriza por el nivel mediocre que pocas veces logró superar. Se inició con un largo poema en endecasílabos, titulado *El triunfo argentino*, (1809), en el que cantó la victoria sobre los ingleses. Su poema más feliz, y el menos conocido, es la oda a las *Delicias del labrador*. Durante los años de la tiranía transigió pasivamente, al punto de ser tolerado por el déspota como funcionario de su administración. Durante este lapso sombrío su musa, que no experimentó la necesidad de emigrar, tampoco permaneció callada, y una de las composiciones más logradas que escribió entonces fué la que dedicó a doña Agustina Rosas de Mansilla en su álbum. López murió en su ciudad natal el 10 de octubre de 1856.

BIBLIOGRAFÍA. — JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Apuntes biográficos*, pág. 291, Buenos Aires, 1860; M. A. PELLIZA: *Críticas y bocetos históricos*, pág. 41,

Buenos Aires, 1879; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. IV, pág. CXXI, Madrid, 1895; JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. II, pág. XXII, Buenos Aires, 1910; RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. II, pág. 815, Buenos Aires, 1925, y NATALIO ABEL VADELL: *Estudio histórico crítico de la literatura argentina*.

L O A *

Con labio respetuoso
os saludo ¡gran pueblo! y felicito
en uno de los días más ilustres
de mayo venturoso:
En este veinticinco el más glorioso,
día inmortal, que debe preferirse
con orgullo romano
por todo verdadero americano.
Salve ¡oh, gran pueblo! cuna de varones
que desdeñando el círculo humillante
do sus padres la vida malograron,
las cadenas tiránicas trozaron,
y de América orlando los pendones,
desde estas cercanías del Atlante
hasta las sierras del Perú triunfaron,
en libertad poniendo
cuantos se hallaban opresión sufriendo.

La altiva España, viendo su potencia
cual humo disiparse,

---

* Esta composición fué escrita para ser leída el 25 de mayo de 1818 por su autor y apareció en el Censor Comercial, número 141, del sábado 30 de mayo de 1818.

y espantada mirando presentarse
un coloso fatal de independencia
contra cuya existencia
siniestramente aglomerado había
siglos de nulidad y humillaciones,
rompe los diques de su atroz venganza,
y el puñal en la mano
recorre el vasto suelo americano.
¡Qué crímenes, qué incendio, qué matanza
aquí recuerda el alma estremecida!
¡Compatriotas amados, ah!, pasemos
en silencio siquiera aqueste día
las escenas de sangre y amargura
que pudieran turbar nuestra alegría:
por este día que del suelo patrio
los esfuerzos proclama
y su alta gloria y su brillante fama.

Despliegue su estandarte sanguinoso
enhorabuena España,
la tierra entregue a su furor y saña;
destruya, arrase, incendie cuanto alcance,
nada es capaz de producir temores
en los pechos de temple diamantino,
que de la independencia el gran camino
a nuestro país abrieron.
El río de la Plata más se exalta
al rudo estruendo de venganza y guerra:
y su raudal belígero internando,
con gloria triunfa en Tucumán y Salta,

impetuoso arrastrando
soldados, armas, guiones o tambores,
y cuanto a su ira el invasor opone:
victorioso revuelve: en el oriente
su poderío estalla,
y hunde una escuadra, abate una muralla.

Estrecha cree la esfera circunscrita
a su coraje y brío:
atrevido la ensancha, y aparece
en las llanuras del Atlante armado.
Ante la altiva Cádiz se presenta
y sus banderas victorioso ostenta
Vigo, Ferrol, y Vera Cruz, y Habana
son testigos también de su osadía
y en estos, y otros puertos descontado
gime el comercio hostil encadenado.
El tiránico orgullo tras los Andes
fortalecido amaga; mas ¿qué importa?
Allá dirige bélicos torrentes,
y alzándolos entre peligros grandes
al nivel de las cumbres eminentes,
los deja caer con ímpetu invencible
sobre el opuesto lado.
Los escollos arrasa con que osado
se opone el enemigo a su carrera,
y es nada en un momento
en que amagó a la patria en su engreimiento.

Sus ímpetus trasmite a los valientes
hijos de Tucapel y de Lautaro,
y sobre Maipo con esfuerzo raro
repiten ambos tan ilustre escena,
con tanta mayor gloria
cuanto más ardua ha sido la victoria.
¡Qué victoria, argentinos!
Ella ha borrado en la primer batalla
de la faz de la América unas huestes,
que audaces en España contuvieron
el vuelo de las águilas francesas,
unas huestes que hicieron
creer a la Europa que a su marcha sola
cual tímidos rebaños
llevarían delante a las legiones
que nuestro honor y libertad defienden.
Quién les dijera que el destino traía
regimiento tan bravo
a servir de trofeo al año octavo.

¡Patriotas!, presenté a vuestra memoria
un bosquejo ligero
de los timbres marciales que engrandecen
de nuestra patria la brillante historia.
Mas no olvidéis que fueron arrancados
de en medio de los riesgos y la sangre;
¡oh, cuantos compañeros denodados
en la flor de sus días perecieron
por darnos la alegría
de que tanto gozamos este día!

¡Oh! ¡quién sus vidas preservar pudiera!
Mas ya que no es posible
libertarlos del hado y de la muerte,
sus nombres arranquemos al olvido;
vivan continuo en nuestros gratos pechos,
y de estímulo sirvan, que nos hagan
contestar al tesón de los tiranos.
Juremos por sus nombres respetables
que vivirá la patria independiente
mientras la sangre en nuestras venas corra,
o toda derramada
antes será que verla subyugada.

Supremo Director que en tanto acierto
la nave del estado engalanada
diriges hacia el puerto;
patricios todos que a la grande causa
con las armas servís, con el talento,
o de vuestros sudores con el fruto:
Confirmad el terrible juramento
que a la presencia de los santos manes
de tantos compatriotas generosos
en vuestro nombre pronunciar he osado.
Vosotras madres que os halláis presentes,
vosotros todas, bellas argentinas,
de vuestros dulces hijos en el nombre,
en el nombre de todos los que os aman
yo lo pronuncio en vuestro celo fiado:
Confirmadlo también, y haced que todos
los que a vuestra presencia se acercaren,

en vuestro labio, y vuestros pechos dulces
aprendan antes a morir como héroes
que el pie besar del orgulloso ibero.
Que aqueste juramento grande y noble
con constancia araucana sea cumplido,
y en muralla de acero
cada uno de vosotros convertido.
Desde este instante abono
las nuevas glorias de nuestro año nono.

S O N E T O *

(EN LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO)

Muerto está... Su diestra vencedora
no alzará más la espada que algún día,
terror de la española tiranía,
dió salud a la patria. El pueblo llora,

el pueblo, a quien la muerte destructora
del broquel le robó, que lo cubría;
y la piedra que más embellecía
su cívica diadema. Mas desde ora

cese el dolor, que su sepulcro existe,
y allí el genio inmortal de las virtudes
perpetuo mantendrá su fuego activo...

Y si aun ¡Iberia! tu ambición subsiste,
si tú ¡anarquía! tu hacha atroz sacudes,
muerto temblad al que temblasteis vivo.

---

* Manuscrito de la colección de Juan María Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

DELICIAS DEL LABRADOR *

ODA

¡Oh, embriagante dulzura
la que goza el mortal que sobre el seno
de la fecunda liberal natura
derrama su sudor! Su pecho lleno
de candor e inocencia
está cerrado al vicio, a la indolencia.

Apenas la avecilla
con inquietud festiva de la aurora
la presencia saluda, y la ovejilla
de dejar la majada anuncia la hora,
se desprende risueño
de entre los brazos el gustoso sueño.

El lecho regalado
sin pesar abandona, y de su choza
abre la puerta. Arrebolado
mira el vasto horizonte. A un tiempo goza
de la luz y belleza
de la varia sin par naturaleza.

---

* Publicada en el Censor Comercial, número 8, pág. 57 del tomo I, el sábado 21 de abril de 1810.

El sol, que ya se asoma
con la faz matizada de oro y grana,
dora el verdor de la vecina loma.
El aura matinal, el aura sana,
preñada de fragancia
empapa en vida y en placer la estancia.

Su consorte hacendosa
con los pequeños hijos se levanta.
Hacia el padre ellos corren; la callosa
mano le estrechan, y la tierna planta
fijando en sus rodillas
mil ósculos le dan en las mejillas.

A esta efusión tan grata
su corazón rebosa de delicia.
En lágrimas se baña, se arrebata,
los besa, los abraza y acaricia.
Mas con la mesa llena
la esposa cierra la adorable escena.

En pos al yugo uncidos
los más membrudos bueyes, al arado
a conducir se apresta; los balidos
de los rebaños, que al herboso prado
caminan juntamente,
a su alma infunden júbilo inocente.

Principiado el cultivo,
y al ir la rota tierra atrás dejando

ve a sus espaldas un enjambre activo
de hambrientos pajaritos revolando,
y alzando en sus piquitos
mil semillas y truncos gusanitos.

Con los ojos ahincados
sobre la madre tierra, se sublima
la ansiada estación que sus cuidados
en grano tornará con mano opima,
y en tan dulce esperanza
mira al cielo y prorrumpe en su alabanza.

Y cuando el rubio Apolo
desaparece del cárdeno occidente,
y el fértil valle va quedando solo,
regresa a la cabaña lentamente
cantando su ventura
y entonando loores a natura.

Por delante conduce
los tardos bueyes, que el pesado apero
sufren apenas. A lo lejos luce
el provisto fogón, donde el cordero
y la vaca sabrosa
preparando por cena está la esposa.

¡Oh, envidiables momentos
los que encuentra en su choza placentero!
¡Oh, inexprimibles gustos! ¡Oh, contentos
con que aun la noche al labrador espera!

Virtud, consorte e hijos
a porfía le ofrecen regocijos. . .

Suspende, musa, el canto;
vete allá a los felices labradores
que alabas tú con entusiasmo tanto.
Pues si nosotros, llenos de dolores,
oímos tus verdades,
despoblaremos luego las ciudades.

ESTEBAN DE LUCA

NOTICIA. — Nació en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786. Se educó en el Real Colegio de San Carlos y recibió la más esmerada educación al alcance de los jóvenes porteños de su época. Se batió como voluntario en la defensa y reconquista de Buenos Aires durante las invasiones inglesas. La máquina militar de la revolución lo sustrajo a la tranquila existencia de hombre de letras, a la que parecía inclinado. Asistió a varios combates y luego pasó a prestar servicios en el arsenal de guerra, como técnico, dirigiendo y perfeccionando la fabricación de armas para los ejércitos patriotas. Su popularidad como poeta comenzó el año 1810, en cuyas postrimerías escribió la *Marcha patriótica* que los escolares entonaron para conmemorar el 25 de mayo hasta la adopción del Himno de López. Luego compuso una serie de odas y cantos celebrando los más gloriosos sucesos de la gesta emancipadora, las que lo consagraron como el primero de los poetas de la revolución. Su producción, no por escasa dejó de tener el hondo significado que los temas y las circunstancias en que fué concebida le otorgaron. El ardiente patriotismo que las inspiró suple las más de las veces la calidad literaria. Algunas de sus composiciones tienen origen en pedidos oficiales, como en el caso del *Canto lírico a la libertad de Lima*, lo que da una idea de la celebridad que llegó a gozar en aquellos heroicos días.

Se le atribuye un poema titulado *La Martiniana*, que se ha perdido, donde, al parecer, cantaba las proezas del general San Martín, de quien fué ferviente admirador. De Luca pereció trágicamente el año 1824 al zozobrar en la desembocadura del río de la Plata la nave en que regresaba del Brasil con la misión diplomática de Valentín Gómez, a la que acompañó en calidad de secretario.

BIBLIOGRAFÍA. — JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Don Esteban de Luca: noticias sobre su vida y escritos*, folleto, Buenos Aires, 1877; CLEMENTE FREGEIRO: *Vidas de argentinos ilustres*, Buenos Aires, 1894; JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. II, pág. XXXVII, Buenos Aires, 1910, y RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. II, pág. 895, Buenos Aires, 1925.

AL PUEBLO DE BUENOS AIRES *

ODA

Ya un día, para ejemplo
de los que intenten subyugar al hombre,
el grito heroico alzamos
de libertad; a tan sagrado nombre
por dos lustros la espada fulminamos
contra la usurpación y tiranía
de tres siglos de horror. ¿Quién de nosotros
no corrió a combatir, al fuerte acento
de la patria oprimida? ¿Quién la sangre
de ira y honor hirviendo no sentía
al ver flotando majestuoso al viento
el estandarte patrio? Entonces fueron
la humillación, y espanto, y agonía
del bárbaro opresor; la gloria entonces
los héroes patrios en su esfuerzo vieron
entre el rayo y el trueno de los bronces,
en los ríos de sangre que vertieron.
Largo tiempo Belona nuestros campos
y en su carro Mavorte recorrieron,

* Publicada en La Abeja Argentina, número 10, pág. 185, y reproducida en la pág. 434 de la antología *La lira argentina*.

y de América el triunfo hasta los mares,
los llanos y los montes repitieron.

El sacro Dios del argentino río,
sus deliciosas grutas olvidando,
en la fértil orilla se mostraba,
y con voz majestuosa
los cantos de victoria acompañaba,
que en coros numerosos
en tiempos tan heroicos entonamos.
Mas ¡ay!, vino el momento
fatal en que escuchamos
los gritos engañosos
de la discordia horrible, y olvidamos
tanta prez y alto honor; en nuestros pechos
derramó su ponzoña el monstruo infando,
y rotos y deshechos
los vínculos sagrados
de unión y de amistad, abandonados
de todo numen tutelar nos vimos.
¡Oh Dios! La civil guerra
ya, ya la destrucción amenazaba
del pueblo a quien no pudo
ni una vez amedrar la antigua España
con su cruel fanatismo y fiera saña.

Hoy que el genio al fin triunfante
arrojó al negro abismo
al error ciego y ambición sangrienta;
hoy que la paz divina en nuestro oriente

la bienhechora oliva nos presenta,
sobre las aguas la serena frente
vuelve a mostrar el Paraná sagrado,
y así nos habla en tono no escuchado
que el alma eleva y el corazón alienta:
¡Hijos de la victoria! ¡Prole hermosa!
Se verá en vuestro suelo un nuevo imperio
muy más durable, de mayor grandeza,
que el de Tiro y Cartago,
si el lujo abandonáis, que fatal mengua,
y perdición y estrago
fué de grandes ciudades,
haciendo que su ruina
pase en terrible ejemplo a las edades.
Huid de los altos y dorados techos
donde el ocioso sibarita ríe;
do, cual pavón con su vistosa pluma,
de su infausta opulencia así se engríe;
del mundo y de sus leyes olvidado,
no escuchará jamás el triste acento
de la viuda infeliz que a sus umbrales
le demande mil veces el sustento.

Cual funesto contagio,
que en la mísera zona en que domina,
en veneno convierte
el aire puro y agua cristalina,
cebándose la muerte
bajo el influjo de maligna estrella;
en el niño, el anciano y la doncella,

tal siempre los placeres,
por el lujo abortados, destruyeron
a pueblos numerosos
en virtud y poder antes famosos.
Tal por el lujo corruptor fué presa
la antigua Roma del poder del godo,
la cuna de los Fabios y Camilos,
la que leyes dictaba al orbe todo.

La hermosa Buenos Aires, destinada
a dar un alto ejemplo
de justicia y poder, a abrir el templo
del honor en su seno, atribulada
se verá confundida, si sus hijos
el juramento olvidan,
que a la virtud hicieron
el día en que emprendieron
dar a la patria libertad y gloria;
se olvidan que debieron
al denuedo y trabajo la victoria.
Cierta será la ruina
de la gran capital, cuando adorada
por la prole argentina
llegue a verse la pompa del oriente;
cuando en hora fatal abandonada
al ocio muelle y femenil halago,
en engañosa paz duerma imprudente.
Empezará su estrago
el día en que asaltare la codicia
sus pechos generosos. ¡Ay!, entonces

el trono ocuparán de la justicia
la doblez, el engaño y la malicia.

¡Oh, fuertes argentinos!
Tanto mal evitad, abandonando
la ciudad populosa, do mil plagas
se están en vuestro daño preparando;
a los campos corred, que hasta hoy desiertos
por la mano del hombre están clamando.
Volad desde las playas arenosas,
que bañan mis corrientes,
hasta do marcha a sepultarse Febo;
y ocupad en trabajos inocentes
el tiempo fugitivo, que insensible
de continuo os arrastra
hacia la margen del sepulcro horrible.

Una fértil y vastísima llanura
allá destina el cielo
a vuestro bien y sin igual ventura.
Como en los anchos mares,
se espaciará por ella vuestra vista,
y vuestros patrios lares
un inmenso horizonte
abarcarán hasta el lejano punto
en que se eleva el escarpado monte.
Con pasto saludable y abundoso
veréis allí cual crece
la raza del caballo generoso,
que libre pace por inmensos prados,

y aunque al diestro jinete aun no obedece,
en ligereza y brío no cediera
a los que en Grecia un tiempo
vencieron en la olímpica carrera.
Veréis la oveja que en tributo ofrece
al pastor industrioso los vellones
que defienden al hombre
de los rigores del invierno helado;
veréis en paz dichosa propagando
el útil animal, que de la tierra
rompiendo el seno con el corvo arado,
vuestro inocente afán deja premiado.

La benéfica Ceres, siempre atenta
del labrador honrado a las fatigas,
de doradas espigas
los campos cubrirá, que veis ahora
del espinoso cardo sólo llenos.
En días envidiables y serenos
la sazonada mies, las esperanzas
a colmar bastará de nuevas gentes,
robustas, inocentes,
darán pasmo a la tierra.
En libertad ilustres fundadores
vais a ser de mil pueblos venturosos,
mucho más numerosos
que los astros brillantes
de que se ve sembrada
la esfera de los cielos dilatada.

No veis en los campos la grandeza
y el brillo del ocioso cortesano
que por los atrios y las anchas plazas
corre agitado de un furor insano.
No veréis las carrozas de oro y plata
con exquisito gusto guarnecidas,
y en ellas ostentando gentileza
la beldad, el orgullo y la pereza;
ni a su correr violento
sentiréis cual retiembla el pavimento,
ni en tanto ruido y vanos esplendores
sentiréis la algazara
de una plebe indigente y caprichosa,
tras la sombra del bien corriendo avara.

Pero en cambio os espera,
libres de odio y rencor, en cada día
una escena más grata y majestuosa,
cuando dejando el perezoso lecho,
tranquilos observéis la paz hermosa
del sol, que se alza ya por el oriente;
cuando oigáis de las aves la armonía
con que al astro naciente
saludan con mil trinos a porfía,
cuando aspiréis gozosos
el aura matinal llena de vida,
y la yerba mullida
una alfombra os presenta de esmeralda
con las perlas del alba enriquecida.

Esos feraces llanos
que el cielo os concedió, serán cubiertos
después por vuestras manos
de mil bosques sombríos, silenciosos.
Al par de vuestros hijos
crecerán los frondosos
árboles corpulentos,
que con su sombra amiga
suave frescor os den, cuando sus rayos
lanzando Febo, al orbe más fatiga.
¡Cuán misterioso asilo
en ellos hallarán vuestros amores!
¡Qué envidiable y tranquilo
será vuestro vivir! ¡Cuán inocentes
serán de vuestros pechos los ardores!
En ellos sentiréis en dulce calma
vuestro ser inundado, y elevarse
al Dios de todo bien allí vuestra alma.
Tiempo vendrá que en ellos
vuestros sabios filósofos contemplen
en silencio las leyes
de la naturaleza, o de la Europa
el poder y el orgullo de sus leyes.

En los remotos climas
del septentrión resonará la fama
de todos vuestros bienes no gozados;
y los míseros pueblos, que las aguas
beben del Volga y del Danubio helados,
se arrojarán al mar, buscando asilo

en vuestro patrio suelo,
donde benigno el cielo
la abundancia vertió con larga mano,
donde por siempre ríe
la gran naturaleza,
poderosa venciendo
del invierno sañudo la aspereza.

Dichosos no veréis vuestros ganados
por el león rugiente y voraz lobo,
por el tigre alevoso devorados,
ni será que la sierpe ponzoñosa
clave el agudo diente
al labrador, cuando la mies sabrosa
segando diligente,
en copioso sudor baña su frente;
el soldado cruel, acostumbrado
a llevar de los llanos a las sierras
los estragos de Marte ensangrentado,
no asolará las tierras
que hubieren vuestras manos cultivado.
Sin temer de la guerra la inclemencia,
en la paz gozaréis; y vuestros hijos
las gozarán también en rica herencia.
Eternos vuestros bienes
serán, como el imperio afortunado
de la razón divina
que hoy al hombre ilumina
con lumbre bienhechora

del septentrión al sud, desde occidente
a los floridos reinos de la aurora.

Los frutos abundantes
que os brindarán terrenos dilatados
serán luego cambiados
por la industria de pueblos comerciantes,
el honrado alemán, el culto galo,
el britano, señor hoy de los mares,
mayor actividad y movimiento
darán a los telares
de que pende el sustento
de la Europa afligida
tras la guerra espantosa,
por la plaga de fiebre contagiosa,
y en tumba de sus hijos convertida.

Así la humanidad de gozo llena
logrará ver, después de siglos tantos
de muertes y de llantos,
la grande y nueva escena
de mil pueblos distantes
por el piélago inmenso divididos,
trabajando constantes
por su mutuo bien; verá el portento,
sin que baste a impedirlo el mar profundo,
de un mundo unido en paz a un otro mundo.

Mas en pos de los dones
del activo europeo aun no es dado

mis aguas traspasar, y el mar Atlante
surcar con pecho duro y arrojado.
Dejad para el avaro mercadante
el afrontar las ondas enemigas,
y en mis riberas demandar los frutos
que alcancen vuestras útiles fatigas.
Aun el tiempo presente
está distante, aquel, en que la vida
fieis a una frágil nave,
por el terrible océano combatida.

Ante vuestro destino
irrevocable os llama
a invocar en el campo los favores
de la fecunda Ceres,
y el sencillo Dios de los pastores.
Serán vuestros trabajos y placeres
por largo tiempo visitar mis costas,
y los undosos ríos
que a Jove plugo hacer mis tributarios;
hacer que corran sus raudales fríos,
dando nuevo vigor al patrio suelo,
por los anchos canales
que abrir debéis con incansable anhelo.
Aquestos son los cultos agradables
que rendirá a mi numen vuestro celo,
aquestos son los que el sagrado cielo
aceptará propicio
alzando a las estrellas
de vuestra libertad el edificio.

El honor y virtud las tristes huellas
borrarán, que en el seno de la patria
con impiedad abrieron
sus antiguos tiranos,
cuando a los pueblos libres combatieron
bañando en sangre las atroces manos.

JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

NOTICIA. — Nació en Tucumán el 2 de setiembre de 1773. Realizó sus estudios preparatorios en el colegio de Monserrat y de ahí pasó a la Universidad de Córdoba, donde se doctoró en teología el año 1795. Llevado por su vocación, abrazó la carrera eclesiástica y recibió las órdenes sacerdotales al año siguiente. Varón virtuoso, espíritu amplio e inteligencia lúcida, fué uno de los representantes más eminentes del clero liberal de la revolución argentina. Su actuación como ciudadano le hace acreedor a un honroso lugar entre los prohombres que trabajaron para constituir y engrandecer la Patria recién nacida. Su fe en el progreso ilimitado que ofrecía el nuevo régimen y en el poder civilizador de las leyes, lo sostuvo en los días más sombríos de la nacionalidad, a igual que a tantos otros ejemplares sacerdotes de su época. Su natural inclinación literaria de hombre ilustrado, fortalecida por la embriaguez patriótica, hizo de él un poeta. Cantó las hazañas de la revolución y de sus héroes en larguísimos poemas, no exentos de vigor, aunque pesados. Donde su acento lírico se manifestó con plenitud fué en sencillas composiciones sobre temas religiosos, en las cuales la ternura iguala al candor de la expresión. Murió en su ciudad natal el

1º de octubre de 1838, un año después de haber sido consagrado obispo.

BIBLIOGRAFIA. — Juan de la Cruz Puig: *Antología de poetas argentinos*, t. III, pág. XV, y Roberto J. Ponssa: *El obispo Molina, ensayo crítico biográfico*, folleto, Buenos Aires, 1912.

L E T R I L L A *

Eterna alabanza,
loor y gratitud
sea al Padre dada,
en Cristo Jesús.

Nacido hemos visto
por nuestra salud
al que hizo los astros,
la aurora y la luz.

CORO

Angélicos coros
en gran multitud
resonar han hecho
la bóveda azul.

CORO

Hoy goza la tierra
profunda quietud
de oriente a poniente,
del ártico al sur.

---

* De *Canciones piadosas*. Ed. Imprenta de la Independencia, Buenos Aires, 1841.

CORO

No se oye en toda ella
bélico arcabuz,
nadie esgrime hoy día
sangrienta segur.

CORO

Hoy se hace Dios hombre
para el bien común,
y purgado el suelo
triunfa la virtud.

CORO

Jesús ha nacido,
Jesús, mi Jesús,
el que por mí un día
morirá en la cruz.

CORO

¡Pueblos de la tierra,
tañed el laud!
Salvador del mundo,
bendícenos tú!

Eterna alabanza,
loor y gratitud
sea al Padre dada,
en Cristo Jesús.

BERNARDO DE VERA Y PINTADO

NOTICIA. — De ilustre abolengo colonial, muy arraigado en el litoral argentino, nació en Santa Fe el 6 de febrero de 1780. Realizó en Córdoba sus estudios preparatorios y en 1799 pasó a Chile, donde se graduó en leyes. El resto de su vida transcurrió en la república hermana, a la historia de la cual está vinculado por lazos tan estrechos, que puede considerársele también hijo de ella. Patriota apasionado, trabajó por su independencia, estuvo cerca de O'Higgins y de San Martín, ocupó importantes cargos públicos y escribió la letra de la *Canción Nacional* chilena. Su producción poética fué abundante y abarca todas las especies cultivadas en sus días, desde la oda de tono mayor hasta la composición satírica o festiva. También compuso dos piezas de teatro, que subieron a escena. Gozó de mucho renombre como poeta y se le cita a menudo por los temas patrióticos que abordó, pero lo más original y valedero de su obra está representado por sus *glosas* inspiradas en asuntos de índole amatoria, que en vida del autor llegaron a ser muy populares. Murió en Santiago de Chile, en la plenitud física e intelectual, el 27 de agosto de 1827.

BIBLIOGRAFÍA.—JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América española*, en la Revista del Río de la Plata, t. VI, pág. 352, y JUAN DE LA CRUZ PUIG: *Antología de poetas argentinos*, t. III, pág. XIX, Buenos Aires, 1910.

G L O S A *

El veneno con que mata
la ingrata que tanto quiero,
por lo activo no intimida
como aflige por lo lento.

Amor mal correspondido
aunque muy bien empleado,
¿qué has de hacer tan desairado
sino buscar el olvido?
Bastante porfiado ha sido
mi empeño y el de esa ingrata,
que si alguna vez me trata
con aparentes halagos,
es por ir brindando a tragos
el veneno con que mata.

¿Olvidar? ¿Y el corazón
entrará en tan arduo intento,
cuando el solo pensamiento
irrita más mi pasión?

*** Publicada en el Mercurio, de Santiago de Chile, número 12, el 25 de setiembre de 1822.**

El enemigo en la acción
es donde se muestra fiero:
así este fuego en que muero
entonces se hace probar,
cuando pretenda olvidar
la ingrata que tanto quiero.

Invoco ansioso la muerte,
y mi mayor mal consiste
en que hasta ella se resiste
a poner fin a mi suerte.
¡Ingrata!, si he de perderte
y no he de perder la vida,
sabe que el ser homicida
será piedad para mí,
y que tu veneno así
por lo activo no intimida.

Pero eres un monstruo cuando
tu pecho se saborea
en esa bárbara idea
de irme a pausas acabando.
¿Cuál es mi crimen amando,
para este raro tormento?
¡Ah, inhumana! El instrumento
de tu desdén inclemente
por el rigor no se siente
como aflige por lo lento.

PALINODIA DEL CONSOLADOR

EN SATISFACCIÓN DEL FILÓSOFO RANCIO *

El padre me acusa
de mi ociosidad;
que nunca está ocioso
su paternidad.

Consolador tonto,
si vuelves a hablar
verás que te cantan
"el como te va".

Insultas al cielo,
pobre teologuillo,
y con la escritura
te ves convencido.

Que si echas su texto
sin haberlos visto,

---

* Incluída por Puig en su antología sin referencia de donde la obtuvo.

con mil toca el rancio
su tamborilillo.

¿Qué son los temblores?
Cosa natural;
la tierra es hereje
y tú lo eres más.

También es hereje
quien la hace temblar
metiéndole azufre
y otras cosas más.

Consolador tonto,
si vuelves a hablar
verás que te cantan
"el como te va".

¿No hace Dios milagros
inflamando el nitro
con otras materias
que inflamables hizo?

Y no es un portento
que a un tiempo precioso
el globo nos suene
su tamborilillo,

pues tú no penetras
la rabia inmortal

del que no es rabioso
y lo hacen rabiar.

Dirige tus ruegos
al que al predicar
las furias celestes
sabe predicar.

Consolador tonto,
si vuelves a hablar
verás que te cantan
"el como te va".

¿De las lavanderas
no temes el grito
porque les quitaste
su dulce sustillo?

Pues teme que cambien
contra ti el palillo
y que te repiquen
el tamborilillo.

Pero ya te cortan
tu tonada audaz,
llamándote luego
a un grave llamar.

Dispense los versos
su paternidad,

que sin cogollito
los debo cantar.

Porque el pueblo entero
se quiso pintar
y preguntan todos
"el como te va".

BARTOLOMÉ JOSÉ HIDALGO

NOTICIA. — Nació en Montevideo el 24 de agosto de 1788. Sus padres eran porteños que habían emigrado a la otra banda en busca de mejores posibilidades económicas, puesto que eran muy pobres. Único hijo varón, la temprana muerte de su progenitor le impuso a los doce años la obligación de ganar el sustento de los suyos, y entró como aprendiz en una barbería. Esta penosa circunstancia impidió que pudiese estudiar y adquirir una cultura; sin embargo no fué óbice para que sus facultades naturales se desarrollasen y llegase a ser el iniciador de la tradición escrita en la poesía gauchesca. En 1806 ingresó como empleado en la administración colonial, y en su carrera ascendente llegó incluso a desempeñar misiones diplomáticas, en 1816. En 1810 abrazó la causa de la independencia, participó en la expansión militar de la revolución y, durante el agitado período de las primeras guerras civiles, militó con fervor en el artiguismo. A principios de 1818 se radicó en Buenos Aires, donde contrajo matrimonio. De inspiración eminentemente popular y profundo conocedor del gaucho, con quien se había familiarizado en sus correrías por la campaña uruguaya, volcó su inquietud poética en moldes primitivos y compuso *cielitos,* que en años de pobreza vendía personalmente por las calles, y escribió sus célebres *diálogos,* de pintoresco

sabor y contenido político. Su mérito es escaso y su principal virtud la de haber iniciado un género en el que más tarde descollarían Ascasubi, del Campo y Hernández. Murió en Morón el 28 de noviembre de 1822 aquejado por una enfermedad al pecho.

BIBLIOGRAFÍA.—JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Biblioteca de escritores en verso nacidos en la América española*, en la Revista del Río de la Plata, t. III, pág. 135, Buenos Aires, 1872; FRANCISZO BAUZA: *Estudios literarios*, pág. 102, Montevideo, 1885; ESTANISLAO S. ZEBALLOS: *Cancionero popular*, en la Revista de Der., Hist. y Lit., t. I, pág. 237, Buenos Aires, 1905; CARLOS ROXLO: *Historia crítica de la literatura uruguaya*, t. I, pág. 38, Montevideo, 1912; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de la poesía hispano-americana*, t. II, pág. 468, Madrid, 1913; MARTINIANO LEGUIZAMÓN: *El primer poeta criollo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1917; VENTURA GARCÍA CALDERÓN y HUGO D. BARBAGELATA: *La literatura uruguaya*, en la Revue Hispanique, t. XL, pág. 415, París, 1917; CALIXTO OYUELA: *Antología de poetas hispano-americanos*, t. I, pág. 515, Buenos Aires, 1919; MARIO FOLCAS ESPARTER: *El poeta uruguayo Bartolomé Hidalgo, su vida y su obra*, Madrid, 1929; RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. I, pág. 495, Buenos Aires, 1925, y ELEUTERIO F. TISCORNIA: *Poetas gauchescos*, Buenos Aires, 1940.

RELACIÓN*

Que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vió en las Fiestas Mayas de Buenos Aires, en el año 1822.

CHANO

Conque, mi amigo Contreras,
¿qué hace en el ruano gordazo?
Pues desde antes de marcar
no lo veo por el pago.

CONTRERAS

Tiempo hace que le ofrecí
el venir a visitarlo,
y lo que se ofrece es deuda.
¡Pucha!, pero está lejazos:
mire que ya el mancarrón
se me venía aplastando.
Y usté, ¿no jué a la ciudá
a ver las fiestas, este año?

* Texto según Martiniano Leguizamón.

CHANO

¡No me lo recuerde, amigo!
Si supiera, voto al diablo,
lo que me pasa, ¡por Cristo!
Se apareció, el veinticuatro,
Sayavedra, el domador,
a comprarme unos caballos;
le pedí a dieciocho riales,
le pareció de su agrado
y ya no se habló palabra;
y ya el ajuste cerramos
por señas, que el trato se hizo
con caña y con mate amargo.
Caliéntasé Sayavedra,
y, con el aguardientazo,
se echó atrás, de su palabra,
y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje amigo,
que me asiguré de un palo
y, en cuanto lo descuidé
sin que pudiera estorbarlo,
le acudí con cosa fresca;
sintió el golpe, se hizo el gato,
se enderezó y ya se vino,
al alfajor relumbrando;
yo quise meterle el poncho,
pero, amigo, quiso el diablo
trompezase en un taba,
y, lueguito, mi contrario

se me durmió en una pierna,
que me dejó coloriando;
en esto llegó la gente
del puesto, y nos apartaron.
Se jué y me quedé caliente,
sintiendo no tanto el tajo
como el haberme impedío
ver las junciones de Mayo:
de ese día, por el cual
me arrimaron un balazo
y peliaré hasta que quede
en el suelo, hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras,
cuéntemé lo que ha pasao.

CONTRERAS

¡Ah! ¡fiestas lindas, amigo!
No he visto, en los otros años,
junciones más mandadoras,
y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche,
como es costumbre, empezaron.
Yo vi unas grandes colunas
en coronas rematando,
y ramos, llenos de flores,
puestos a modo de lazos;
las luces como aguacero,
colgadas entre los arcos,

el cabildo, la pirame,
la recoba y otros laos.
Y luego la versería
¡ah! ¡cosa linda! Un paisano
me los estubo leyendo;
pero, ¡ah poeta cristiano,
qué décimas y qué trobos!
y todo, siempre tirando
a favor de nuestro aquel.
Luego había, en un tablao,
musiquería con juerza
y bailando unos muchachos,
con arcos y muy compuestos,
vestíos de azul y blanco;
y, al acabar, el más chico
una relación echando
me dejó medio. . . ¡quién sabe!
¡Ah! ¡muchachito liviano,
por Cristo que le habló lindo
al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los juegos
y cierto que me quemaron,
porque me puse cerquita
y, de golpe me largaron
unas cuantas escupidas
que el poncho me lo cribaron.
A las ocho, de tropel,
para la Mercé tiraron
las gentes, a las comedias.
Yo estaba medio cansao

y enderesé a lo de Roque;
dormí, y al cantar los gallos,
me vestí; calenté agua,
estube cimarroneando
y, luego, para la plaza
agarré y vine despacio;
llegué, ¡bien haiga el humor!
llenitos, todos los bancos,
de pura mujerería
y no, amigo, cualquier trapo,
sinó mozas como azúcar;
hombres, eso era un milagro;
y, al punto, en varias tropillas
se vinieron acercando
los escueleros mayores,
cada uno con sus muchachos;
con banderas de la Patria
ocuparon un trecho largo,
llegaron a la Pirame;
y, al dir el sol coloriando
y asomando una puntita,
bracatán, los cañonazos,
la gritería, el tropel,
música por todos laos,
banderas, danzas, junciones,
los escuelistas cantando;
y, después, salió uno solo
que tendría doce años,
nos echó una relación. . .
¡cosa linda, amigo Chano!,

mire que a muchos patriotas
las lágrimas les saltaron.
Más tarde la soldadesca
a la plaza fué dentrando
y, desde el Juerte a la Iglesia,
todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno, a las once,
con escolta de a caballo,
con jefes y comendantes
y otros muchos convidados,
dotores, escribanistas,
las justicias a otro lado,
detrás de la oficialería
los latones culebriando.
La soldadesca hizo cancha
y todos jueron pasando
hasta llegar a la Iglesia.
Yo estaba medio delgao
y enderesé a un bodegón;
comí con Antonio, el manco,
y, a la tarde, me dijeron
que había sortija en el Bajo;
me juí, de un hilo, al paraje
y, cierto, no me engañaron.
En medio de la Alamera
había un arco muy pintao
con los colores de la Patria,
gente, amigo, como pasto,
y una mozada lucida
en caballos, aperados

con pretales y coscojas,
pero pingos tan livianos
que, a la más chica pregunta,
no los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
tendido como lagarto,
y, zas... ya ensartó... ya no...
(¡óiganle, que pegó en falso!
¡qué risa y qué boraciar!)
hasta que un mocito amargo
le aflojó todo al rocín
y, ¡bien haiga el ojo claro!,
se vino al humo, llegó
y, la sortija ensartando,
le dió una sentada al pingo
y todos ¡Viva! gritaron.
Vine a la plaza. Las danzas
seguían en el tablao,
y vi subir a un inglés
en un palo jabonao,
tan alto como un ombú
y, allá en la punta, colgando
una chuspa con pesetas,
una muestra y otros varios
premios para el que llegase.
El inglés era baquiano.
Se le prendió al palo viejo
y, moviendo pies y manos,
al galope llegó arriba
y, al grito, ya le echó mano

a la chuspa, y se largó
de un pataplús hasta abajo,
de allí a otro rato volvió
y se trepó en otro palo,
y también sacó una muestra.
¡Bien haiga el bisquete diablo!
Después se treparon otros,
y algunos también llegaron.
Pero lo que me dió risa
jueron, amigo otros palos
que había, con unas guascas,
para montar los muchachos,
(por nombre rompecabezas);
y en frente, en el otro lao,
un premio para el que juese
hecho rana, hasta toparlo;
pero era tan belicoso
ese potro, amigo Chano,
que muchacho, que montaba,
contra el suelo, y ya trepando
estaba otro, y zas, al suelo;
hasta que vino un muchacho
y, sin respirar siquiera,
se fué el pobre refalando
por la guasca; llegó, al fin,
y sacó el premio acordao.
Pusieron, luego, un pañuelo
y me tenté, ¡mire el diablo!
Con poncho y todo monté
y, en cuanto me lo largaron,

al infierno me tiró;
y, sin poder remediarlo,
(perdonando el mal estilo)
me pegué tan gran culazo
que, si allí tengo narices,
quedo para siempre ñato. . .
Luego encendieron las velas
y los bailes continuaron,
la cuetería, y los juegos.
Después todos se marcharon
otra vez, a las comedias;
yo quise verlas, un rato,
y me metí en el montón;
y tanto me rempujaron
que me encontré en un galpón
todo muy iluminao,
con casitas de madera
y, en el medio, muchos bancos.
No salían las comedias
y yo ya estaba sudando
cuando, amigo, redepente
árdese un maldito vaso
que tenía luces adentro,
y la llama subió tanto
que pegó juego en el techo;
alborotóse el cotarro,
y yo, que estaba cerquita
de la puerta, pegué un salto
y ya no quise volver.
Después me anduve pasiando

por los cuarteles; había
también muy bonitos arcos,
y versos, que daba miego.
Llegó el veintiséis de mayo
y siguieron las junciones
como habían empezao.
El veintisiete, lo mesmo:
un gentío temerario
vino a la plaza; las danzas,
los hombres subiendo al palo
y allá, en los rompecabezas,
a porfía, los muchachos.
Luego, con muchas banderas,
otros niños se acercaron,
con una imagen muy linda
y un tamborcillo tocando.
Pregunté qué virgen era;
la Fama, me contestaron.
Al tablao la subieron
y allí estubieron, un rato
aonde uno de los niños
los estubo proclamando
a todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! ¡Era un pasmo
ver al muchacho, caliente
y más patriota que el diablo!
Después hubo volantines,
y un inglés, todo pintao,
en un caballo al galope
iba dando muchos saltos.

Entre tanto, la sortija
la jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
otros también me contaron
que había habido toros lindos.
Yo estaba ya tan cansao
que, así que dieron las ocho,
corté para lo de Alfaro
aonde estaban los amigos
en beberaje y fandango.
Eché un cielito en batalla
y me refalé hasta un cuarto,
aonde encontré a unos calandrias
calientes, jugando al paro;
yo llevaba unos rialitos
y, ansí que echaron el cuatro,
se los planté; perdí en boca
y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché
y me le fuí acomodando;
me tapé con este poncho
y allí me quedé roncando.
Esto es, amigo del alma,
lo que he visto y ha pasado.

CHANO

Ni óirlo quiero, amigo;
cómo ha de ser, padezcamos.
A bien que el año que viene,

si vivo, iré a acompañarlo
y la correremos juntos.
Contreras lió su recao
y estubo allí todo un día,
y, al otro, ensilló su ruano
y se volvió a su querencia,
despidiéndose de Chano.

ÍNDICE

LA COLECCIÓN ESTRADA

SU SIGNIFICADO

La COLECCIÓN ESTRADA, como otras similares que circulan con autoridad indiscutida en países de avanzada cultura, será una biblioteca de síntesis y orientación, de significación indudable. *En cien volúmenes* livianos, elegantes, económicos, impresos en nítidos caracteres, revisados y comentados en prólogos y acotaciones por profesores y críticos de probado saber y reconocida competencia docente, se presentarán por separado una obra completa o selecciones antológicas compuestas con páginas escogidas de un autor consagrado en la literatura, las artes o las ciencias.

La COLECCIÓN ESTRADA se publica para lectores amigos de las buenas letras y para estudiantes de enseñanza media, del profesorado y de la universidad, bajo la dirección de Julio Noé y de una junta consultiva integrada por los doctores Roberto F. Giústi, Álvaro Melián Lafinur y Alberto Julián Martínez.

La autoridad de sus colaboradores y la jerarquía de la Editorial que la ha proyectado y publica bajo su contralor, convierten a la COLECCIÓN ESTRADA en una expurgada e insuperable *biblioteca de difusión cultural y de consulta* para todo lector que desee co-

nocer las obras más calificadas de los ingenios clásicos y las más afamadas, típicas y atrayentes de la literatura americana y vernacular a través de una edición fidedigna, tanto por el rigor de una inteligente compulsa y depuración, como por el mérito original de los estudios y prólogos que agregan los eruditos que las comentan.

No atribuye esta Editorial originalidad a su iniciativa, pero tiene la convicción de que introduce nuevos valores y modalidades en este género de publicaciones, manteniendo siempre el más alto nivel intelectual y artístico.

LA EDITORIAL

COLECCIÓN ESTRADA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1 y 2. DOMINGO F. SARMIENTO: MI VIDA. Texto ordenado y anotado por Julio Noé.

3. SANTIAGO ESTRADA: VIAJES Y OTRAS PÁGINAS LITERARIAS. Selección, prólogo y notas de Ricardo Ryan.

4. PLATÓN: APOLOGÍA DE SÓCRATES. Edición cuidada y anotada por Arturo Marasso.

5. HOMERO: Selección de la ILÍADA y la ODISEA. Prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

6. NICOLÁS AVELLANEDA: ESCRITOS LITERARIOS. Selección, prólogo y notas de Álvaro Melián Lafinur.

7. JOSÉ ENRIQUE RODÓ: LA TRADICIÓN INTELECTUAL ARGENTINA. Selección y prólogo de Rafael Alberto Arrieta.

8. JOSÉ MARTÍ: PÁGINAS SELECTAS. Selección, prólogo y notas de Raimundo Lida.

9. EDUARDO WILDE: PÁGINAS ESCOGIDAS. Selección, prólogo y notas de José María Monner Sans.

10. INCA GARCILASO DE LA VEGA: PÁGINAS DE LOS COMENTARIOS REALES. Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

11. MARIANO JOSÉ DE LARRA ("Fígaro"): ARTÍCULOS ESCOGIDOS. Selección, prólogo y notas de Avelino Herrero Mayor.

12. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: ESTUDIOS HISTÓRICO - LITERARIOS. Selección, prólogo y notas de Ernesto Morales.

13. GUSTAVO A. BÉCQUER: SUS MEJORES PÁGINAS. Introducción por José D. Forgione.

14. JOSÉ MANUEL ESTRADA: PÁGINAS DEL MAESTRO. Selección, prólogo y notas de Tomás R. Cullen.

15. JOSÉ MANUEL ESTRADA: ANTOLOGÍA. Prólogo y notas por Roberto F. Giusti.

16. JUAN MONTALVO: PÁGINAS ESCOGIDAS. Selección, prólogo y notas de Arturo Giménez Pastor.

17. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: LA GITANILLA Y RINCONETE Y CORTADILLO. Prólogo y notas de Francisco Gil Esquerdo.

18. INFANTE DON JUAN MANUEL: EL CONDE LUCANOR. Prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

19. JOSÉ S. ÁLVAREZ ("Fray Mocho"): ANTOLOGÍA. Selección, prólogo y notas de Manuel Gálvez.

20. ÁNGEL DE ESTRADA: ANTOLOGÍA *(Prosa)*. Selección y prólogo de Juan Pablo Echagüe.

21. GREGORIO DE LAFERRÈRE: OBRAS ESCOGIDAS. Prólogo y notas de José María Monner Sans.

22. FRANCISCO DE QUEVEDO: VIDA DE MARCO BRUTO. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Notas de Ana María Barrenechea.

23. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: EL CAPITÁN VENENO. Prólogo y notas de Ramón Gómez de la Serna.

24. PEDRO GOYENA: OBRA SELECTA. Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

25. RUY DÍAZ DE GUZMÁN: LA ARGENTINA. Introducción y notas de Enrique de Gandía.

26. BARTOLOMÉ MITRE: ANTOLOGÍA. Estudio preliminar de Manuel Gálvez.

27. SHAKESPEARE: ENRIQUE IV. Traducción y prólogo de Miguel Cané. Estudio crítico de Rafael Alberto Arrieta.

28. RALPH WALDO EMERSON: ENSAYOS. Selección y prólogo de Erly Danieri.

29. SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: POESÍAS ESCOGIDAS. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

30. SANTIAGO CALZADILLA: LAS BELDADES DE MI TIEMPO. Estudio preliminar y notas de Carlos Alberto Leumann.

31. EDGAR ALLAN POE: POEMAS ESCOGIDOS. Prólogo de Pedro Miguel Obligado.

32 y 33. V. PÉREZ ROSALES: RECUERDOS DEL PASADO. Estudio preliminar y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

34. TOMÁS GUIDO: EPÍSTOLAS Y DISCURSOS. Prólogo y notas de Bernardo González Arrili.

35. RICARDO MONNER SANS: NOTAS AL CASTELLANO EN LA ARGENTINA. Prólogo y acotaciones de José María Monner Sans.

36. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN: TABARÉ. Prólogo de Alberto Zum Felde.

37. BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: PÁGINAS ESCOGIDAS. Selección, prólogo y notas de Armando Braun Menéndez.

38. H. W. LONGFELLOW: ANTOLOGÍA. Traducción, prólogo y notas de Héctor Pedro Blomberg.

39. JOSÉ ASUNCIÓN SILVA: POESÍAS. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

40. ANDRÉS BELLO: ANTOLOGÍA POÉTICA. Selección, prólogo y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

41. JUAN B. ALBERDI ("Figarillo"): ESCRITOS SATÍRICOS Y DE CRÍTICA LITERARIA. Selección, prólogo y notas de José A. Oría.

42. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS: ANTOLOGÍA. Prólogo de Roberto F. Giusti.

43. AMADEO JACQUES: ESCRITOS. Estudio preliminar y compilación de Juan Mantovani.

44. JOSÉ MARÍA PAZ: MEMORIAS DE LA PRISIÓN. Selección y prólogo de B. González Arrili.

45, 46 y 47. DANTE: LA DIVINA COMEDIA. Traducción de Bartolomé Mitre, con un estudio preliminar y notas de Gherardo Marone. Tomo I: Infierno. Tomo II: Purgatorio. Tomo III: Paraíso.

48. ÁNGEL DE ESTRADA: ANTOLOGÍA POÉTICA. Selección y prólogo de Álvaro Melián Lafinur.

49. FLORENCIO SÁNCHEZ: LA GRINGA — EN FAMILIA — BARRANCA ABAJO. Prólogo y notas de José María Monner Sans.

50. MARCO AURELIO: SOLILOQUIOS. Prólogo y notas de José María de Estrada.

51 y 52. JOSÉ DE ALENÇAR: EL GUARANÍ. Prólogo de María de Villarino.

53. SAINTE-BEUVE: RETRATOS LITERARIOS. Selección y prólogo de José A. Oría.

54. ENRIQUE GARCÍA VELLOSO: MAMÁ CULEPINA — LA CADENA — 24 HORAS DICTADOR. Prólogo de Vicente Martínez Cuitiño.

55. CICERÓN — CASIANO: DIÁLOGOS SOBRE LA AMISTAD. Traducción, prólogo y notas de Santiago de Estrada.

56. ALBERTO DEL SOLAR: PÁGINAS ESCOGIDAS. Prólogo y notas de Armando Braun Menéndez.

57. LUCIO V. LÓPEZ: LA GRAN ALDEA. Prólogo de Alfonso de Laferrère.

58. POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA. Selección, prólogo y notas de W. G. Weyland.

PRÓXIMAS EDICIONES

MARTÍN CORONADO: OBRAS ESCOGIDAS. Prólogo de José María Monner Sans.

JUAN B. ALBERDI: AUTOBIOGRAFÍA. Selección y prólogo de Julio Noé.

MIGUEL CANÉ (Padre): ANTOLOGÍA. Prólogo y acotaciones de Manuel Mujica Lainez.

CARLOS GUIDO SPANO: SELECCIÓN DE PROSA Y VERSO. Prólogo y notas de Alberto Gerchunoff.

VICENTE F. LÓPEZ: RETRATOS HISTÓRICOS. Selección, prólogo y notas de Alfonso de Laferrère.

MANUEL LÁINEZ: HOMBRES Y COSAS. Selección y prólogo de Adolfo Mitre.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA: ANTOLOGÍA. Selección y prólogo de Narciso Binayán.

ANTOLOGÍA INDIANA (Poetas que cantaron al indio de América). Introducción, selección y notas de Héctor Pedro Blomberg.

POETAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

CUENTISTAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas por Renata Donghi de Halperín.

ANTOLOGÍA DE POETAS ROMÁNTICOS MENORES Y POSROMÁNTICOS ARGENTINOS. Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

PROSISTAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Álvaro Melián Lafinur.

ORADORES ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Matías G. Sánchez Sorondo.

POETAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX. (Cuentistas y novelistas): Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX. (Ensayistas y críticos): Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ: ISMAEL. Prólogo de Héctor Pedro Blomberg.

ANDRÉS LAMAS: SELECCIÓN DE ESCRITOS. Prólogo de Roberto Levillier.

RUBÉN DARÍO: PÁGINAS DE BUENOS AIRES. Prólogo y notas de Julio Noé.

EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: ANTOLOGÍA. Prólogo de José D. Forgione.

GABRIEL RENÉ MORENO: EPISODIOS COLONIALES. Selección y prólogo de Bernardo González Arrili.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA: ANTOLOGÍA. Prólogo de Mario Binetti.

CUENTISTAS PERUANOS: ANTOLOGÍA. Selección y prólogo de José Jacinto Rada.

MIGUEL ANTONIO CARO: ANTOLOGÍA. Selección y prólogo de Julio Noé.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO: POESÍAS. Prólogo de Jorge Bogliano.

COSTUMBRISTAS CHILENOS. Selección y prólogo de Carlos Acuña.

CUENTISTAS CHILENOS DEL SIGLO XIX. Selección, prólogo y notas de Guillermo Koenenkamph.

ANTOLOGÍA DE LOS POETAS CHILENOS DEL SIGLO XIX. Selección y prólogo de Augusto Iglesias.

ANDRÉS BELLO: ESCRITOS SELECTOS. Prólogo y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

ALFREDO D'ESCRAGNOLLE TAUNAY: INOCENCIA. Prólogo de Ernesto Morales.

JOAQUÍN MARÍA MACHADO DE ASSIS: VARIAS HISTORIAS. Prólogo de Félix E. Etchegoyen.

ALUIZIO AZEVEDO: CORUJA. Prólogo de José Lins do Rego.

JUAN RIBEIRO: HISTORIA DEL BRASIL. Prólogo de Gilberto Freyre.

PROSISTAS BRASILEÑOS: Selección y prólogo de A. de Mello Franco.

ANTOLOGÍA LÍRICA ESPAÑOLA: Selección, prólogo y notas de José A. Oría.

MIGUEL DE CERVANTES: DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Introducción y notas de José A. Oría.

MIGUEL DE CERVANTES: NOVELAS DEL QUIJOTE. Prólogo de Arturo Giménez Pastor.

LOPE DE VEGA: POESÍAS LÍRICAS. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

BALTASAR GRACIÁN: EL DISCRETO. Prólogo de Roberto F. Giusti.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN: LA COMEDIA NUEVA Y EL SÍ DE LAS NIÑAS. Introducción y notas de José Francisco Gatti.

FRAY LUIS DE LEÓN: POESÍAS Y PROSAS ESCOGIDAS. Selección, prólogo y notas de Gregorio Halperín.

JOSÉ DE ESPRONCEDA: POESÍAS. Prólogo de Eduardo Joubin Colombres.

EDMOND ROSTAND: CYRANO DE BERGERAC. Introducción y notas de José María Monner Sans.

LOUIS VEUILLOT: EL PERFUME DE ROMA. Selección y prólogo de José A. Oría.

CHATEAUBRIAND: EL GENIO DEL CRISTIANISMO. Prólogo de José A. Oría.

CONDE DE MAISTRE: LAS VELADAS DE SAN PETERSBURGO. Prólogo de José A. Oría.

GOETHE: EGMONT. Prólogo de Juan Probst.

TÁCITO: ANALES. Prólogo de Luis A. Arocena.

CICERÓN: TRATADOS MORALES. Selección, prólogo y notas de Gregorio Halperín.

DIÓGENES LAERCIO: VIDAS DE LOS FILÓSOFOS MÁS ILUSTRES. Prólogo de Luis A. Arocena.

SÓFOCLES: EDIPO. Edición, prólogo y notas de Enrique François.

PLATÓN: FEDRO Y IÓN. Palabras preliminares de José María de Estrada.

LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTA OBRA, ACABÓSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA "EDITORIAL ESTRADA", EN BUENOS AIRES, EL DÍA XIX DE JULIO DE MCMXLIX.

POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA

ANTOLOGÍA



PUBLICADO POR ANGEL ESTRADA y Cía. S.A.

BOLIVAR 466 • BUENOS AIRES